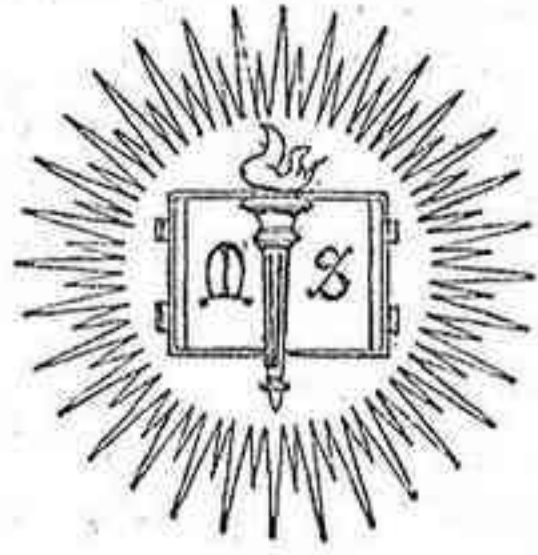


La Ilustración



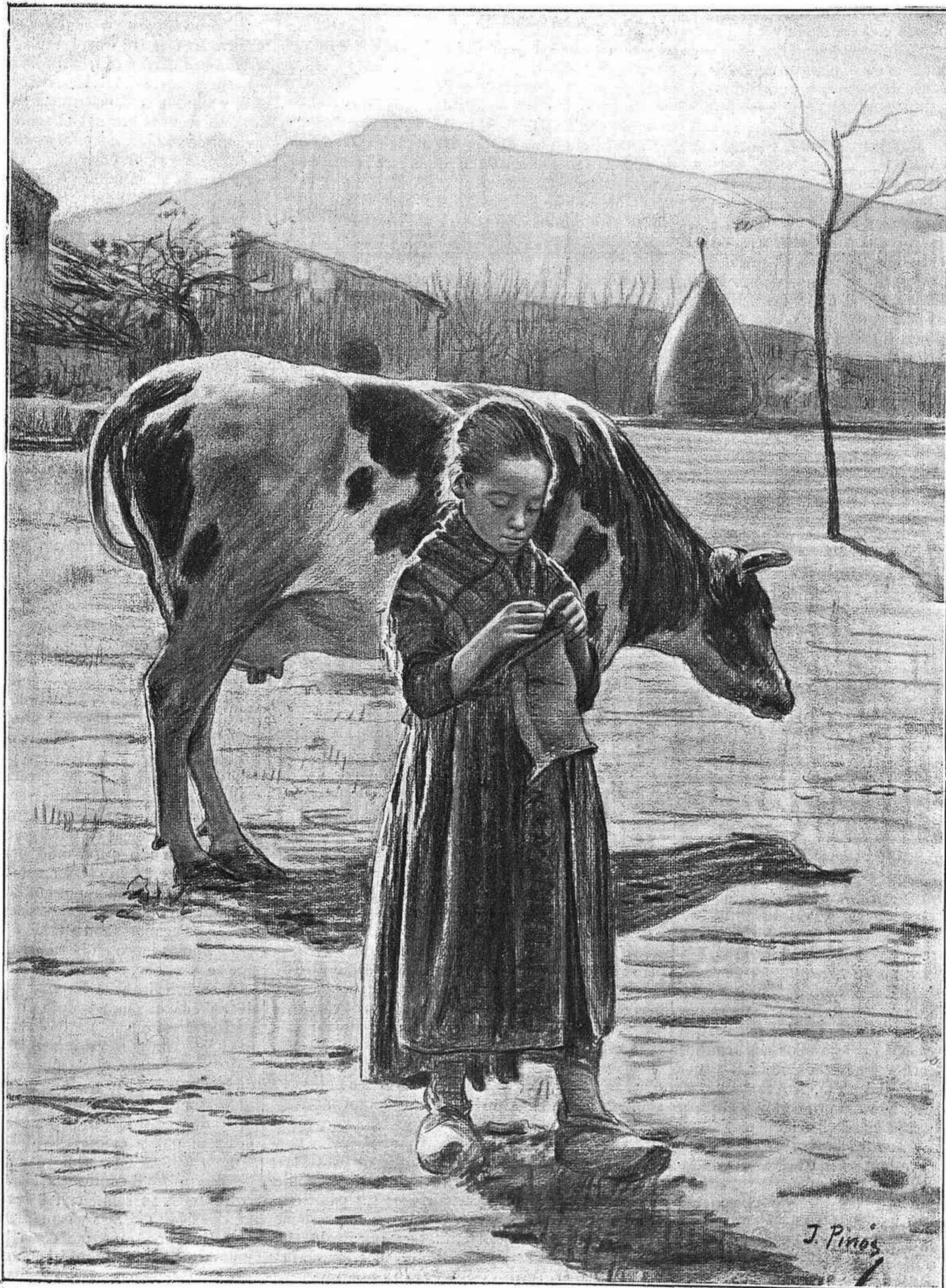
Artística

AÑO XXI

BARCELONA 21 DE JULIO DE 1902

NÚM. 1.073

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA PASTORCITA, dibujo de J. Pinós

SUMARIO

Texto.— Crónica de teatros, por Zeda. — Don Francisco de Quevedo, por Juan Valera. — Crónicas parisienses. Las grandes semanas, por Pedro Coll. — Nuestros grabados. — Problema de ajedrez. — El filón, novela ilustrada (continuación). — Trabajos subterráneos. Construcción de la taberna del «Moulin Rouge», por G. Chalmarés. — Telegrafía sin hilos. Nuevo receptor Marconi, por J. L. — Libros enviados a esta Redacción.

Grabados.— La pastorcita, dibujo de J. Pinós. — Retrato de Don Francisco de Quevedo. — Estatua de Don Francisco de Quevedo, obra de Agustín Querol. — La noche, cuadro de Eugenio Burnand. — El mirador de Cadaqués, cuadro de Eliseo Meifrén. — París. La carrera del «Grand Prix». — El palacio de Chantilly. — La avenida del Bosque de Bolonia. — El día de los «Dracs». — En las carreras de Auteuil. — Monumento a Goethe en Viena, obra de Edmundo Hallmer. — En los Montes del Lacio, cuadro de Enrique Serra. — Sansón en el molino, cuadro de P. Vasarri. — Hansel y Gretel, dibujo a la pluma de Enrique Vogeler. — Figs. 1, 2 y 3. Trabajos subterráneos. Construcción de la taberna del «Moulin Rouge». — El puente más alto del mundo: los acueductos del ferrocarril en la garganta de Albula.

CRÓNICA DE TEATROS

La temporada de ópera en los Jardines del Buen Retiro es el mayor atractivo que Madrid ofrece a la gente que no puede permitirse el lujo de veranear. Las familias modestas que no conocen del teatro Real más que la fachada y el vestíbulo, y a lo sumo aquellas regiones altas e incómodas a las que por antifrasis, sin duda, se les da el nombre de *paraíso*, pueden en estas noches de verano, por poco dinero, deleitarse, no sólo con la música, según los inteligentes ya anticuada, de Donizetti y Bellini, sino con la más moderna de Meyerbeer y Verdi y hasta con la modernísima de Wagner.

Sería pedir gollerías exigir que cantasen en el teatro de los Jardines tiple y tenores de esos que por cada nota cobran media docena de francos. Los que en las noches del estío hacen competencia a los ruiñones que tienen sus nidos en las frondosas alamedas de aquel en otro tiempo real y hoy democrático sitio, no pasan de la categoría de lo mediano. En cambio, cantan con toda su alma y con todos sus pulmones; y aunque en el trabajo artístico no basta con la intención, no está de más que la intención sea buena, como lo es la de los susodichos cantantes veraniegos.

Tampoco pueden considerarse como maravillas el vestuario, el *atrezzo* y la *mise en scene*; pero sabido es que además de ser «en el teatro todo convencional», suele la propiedad escénica brillar por su ausencia, no solamente en las funciones de ópera barata, sino en nuestros principales teatros, sin excluir el «regio coliseo». Cuéntase, a propósito de indumentaria, que en cierta ocasión, Gayarre, el gran tenor, decía a uno de sus compañeros, artista como él del Real:

— Déjate de propiedad histórica: lo más bonito, eso es lo más propio... Sigue mi consejo; terciopelo y raso...

Hasta ahora, la única novedad que ha ofrecido al público la compañía de los Jardines es el estreno de *Andrea Chenier*, libro de Luis Illica y música de Umberto Giordano. Entre las muchas figuras interesantes que muestra a la posteridad el sangriento cuadro de la revolución francesa, destácase, no por su importancia política, sino por su sublime inspiración poética, la de Andrés Chenier. Hijo de un cónsul francés de Constantinopla y de una joven griega de singular y clásica hermosura, heredó de su madre el amor a la belleza helénica, no superada ni igualada nunca por los literatos posteriores. Los versos de Safo y de Teócrito, de Píndaro y Corina, de Byron y Mozco, arrullaron la infancia y la juventud de Andrés Chenier, infundiéndole en su alma el arte supremo que había más tarde de manifestarse en sus inmortales composiciones *El ciego* y *La joven cautiva*... Envolvióle, como a todos los hombres de su tiempo, el torbellino revolucionario, apasionóse por la libertad, se indignó contra los que la deshonoraban con sus crímenes y lanzó contra ellos sus famosos versos a Carlota Corday. Fué esta poesía la causa principal de la muerte del poeta. Arrestado y conducido a la prisión de San Lázaro, conoció allí a la señorita de Coigny, a la que dedicó su hermosísima canción *La joven cautiva*. Ni la juventud (treinta y dos años) ni el genio de Andrés Chenier encontraron piedad en el tribunal revolucionario: el día 25 de julio fué conducido a la guillotina. Al poner el pie en el trágico tablado, golpeóse la frente en uno de los palcos de la terrible máquina, exclamando: «¡Es lástima!... ¡Yo pensé que había aquí algo!...» La señorita de Coigny fué menos infortunada: se libró de morir en el cadalso.

El drama de Luis Illica no se ajusta rigurosamente a la verdad histórica (la señorita de Coigny murió

veintiséis años después que el poeta); pero en él se reflejan las pasiones y parece sentirse el ambiente huracanado de la Revolución. ¿Cómo ha interpretado musicalmente este asunto Umberto Giordano? Según los inteligentes, de todo hay en *Andrea Chenier*. Convienen la mayor parte de los críticos en que lo mejor de la ópera es el tercer acto, en el cual, á decir verdad, se evoca con gran fuerza sugestiva el frenesí revolucionario del pueblo de París en los espantosos días del Terror.

El éxito de la ópera no ha correspondido a la expectación que su anuncio había despertado. La gente profana salía del teatro de los Jardines, la noche del estreno de *Andrea Chenier*, diciendo: «Esta podrá tener mucho mérito; pero nos gusta más *La Marsellesa*, de Caballero.»

Desde que la *Electra* de Galdós paseó por todos los teatros de la península sus malandanzas, al son de la Marsellesa y del himno de Riego, se le han dado ya en el teatro varios golpes a la cuestión religiosa. El último se lo asestó, noches pasadas, en el Español, el célebre y aplaudido autor Marcos Zapata con el drama en un acto y en verso titulado *María Teresa*. El teatro estaba lleno; hubo muchos aplausos é interrumpióse la representación varias veces para que el veterano autor saliese a escena; mas á pesar de tan «extraordinario» éxito y de los bombos publicados por los periódicos, al día siguiente del estreno, es lo cierto que el drama no volvió a representarse y que la compañía de Perrín, ejecutora ó ejecutante de la obra de Zapata, puso fin con el estreno de ella á su breve estancia en el Español.

Contaba el último drama del autor de *La capilla de Lanuza* con elementos de sobra para entusiasmar á la galería: arranques de patriotismo, versos rimbombantes, entre los que no faltaba la obligada relación en quintillas, apóstrofes violentos contra las órdenes religiosas, el correspondiente traidor en hábito de fraile y la muerte violenta de éste á manos de la protagonista. En comparación con tales recursos dramáticos ó melodramáticos, parecían pálidos los desplantes de *Las hormigas rojas*—drama que «alborotó» el invierno pasado en el teatro Martín, — los dicterios de Máximo á Pantoja y las trastadas y picardías del redomado jesuita en la ruidosa comedia de Galdós.

Pero como dijo el otro: *habent sua fata libelli*, y el de Zapata vino al mundo con la mala suerte que dejo indicada.

Más interesante que la obra «que los comicos tuvieron aquella noche el honor de representar», era para mí el aspecto que ofrecía el público. Habían acudido á ver y aplaudir el drama de Zapata cuantos sobrevivían de aquella generación que aplaudió *La capilla de Lanuza* y *El castillo de Simancas*. Parecía que el tiempo había dado un salto atrás y que estábamos en los días de D. Amadeo. En los pasillos del teatro, momentos antes de levantarse el telón, se hablaba, como de cosa presente, de la manera admirable con que Vico declamaba el papel de protagonista en *La capilla* ó del brío con que recitaba las quintillas del *Castillo de Simancas*. Veíanse allí redactores de *La Igualdad*, poetas de los que escribían en *El Cascabel*, compañeros de Roberto Robert y de Luis Rivera; muchos espectadores, en fin, de los que por el año 73 se entusiasmaron viéndolo á la Rivas hacer de Gran Duquesa ó aplaudían á rabiarse á Orejón y Castilla cuando cantaban el dúo de los civiles en *Genoveva de Brabante*.

Pero el tiempo no pasa en vano para nadie, y los mismos que antes de empezar la función estaban decididos á entusiasmarse y que aplaudieron todas las escenas de la obra, salieron un si es no es tristes y cariacontecidos del teatro. El drama de Zapata había, sin duda, evocado recuerdos de su juventud; pero al propio tiempo les había hecho sentir algo de lo que experimentamos cuando tras largos años vemos el rostro de una mujer á quien hemos conocido joven y hermosa. «¡Dios mío, solemos exclamar, ésta es aquella!...» Y en efecto, la musa de Zapata, tan rozagante en otro tiempo, tiene ya muchas arrugas. ¿Qué se dirá dentro de treinta años de las obras que ahora calificamos de maravillosas y estupendas?

En muy poco tiempo los hermanos Alvarez Quintero han logrado colocarse á la cabeza de los autores cómicos españoles. Con rigurosa exactitud puede decirse que han hecho su carrera «por sus pasos contados». Se dieron á conocer escribiendo primero piecillas ó sainetes que retrataban, principalmente, costumbres andaluzas; más tarde, comedias en uno ó dos actos regocijadas é ingeniosas que revelaban bien á las claras las dotes que ambos hermanos poseen de observadores de la realidad y pintores de la vida y milagros de la gente del pueblo. Después de

estos primeros trabajos, acogidos por el público con aplausos y por las empresas con los brazos abiertos, acometieron obra de mayor empeño. Me refiero á *Los Galeotes*, comedia por la cual desfilan varios tipos madrileños admirablemente retratados, y cuya acción abunda en situaciones en las cuales, por lo general, se mezcla y combina con arte lo cómico de buena ley con lo tierno y patético, sin incurrir en sensiblerías cursis ni en falsedades melodramáticas.

Fué el estreno de *Los Galeotes* la confirmación de las esperanzas que habían hecho concebir los dos jóvenes hermanos y su patente, por decirlo así, de verdaderos autores. La Academia Española ha confirmado recientemente el juicio del público y el de la crítica, otorgando á los dos notabilísimos escritores un premio tan justo como bien recibido por la opinión.

No se durmieron los Quintero sobre sus laureles tras de aquel brillante triunfo. *Las flores*, aunque muy inferior á *Los Galeotes*, demostró una vez más la fecunda laboriosidad de los dos hermanos; y pocos días ha, el público de Barcelona ha aplaudido y la prensa de la ciudad condal celebrado la obra titulada *El amor en el teatro*, en la cual no sé por qué creo ver ciertas afinidades, en cuanto al plan, con un capricho dramático de Sudermann, titulado *Moriturus*.

A última hora, ayer como quien dice, se ha representado en Apolo un sainete de los Quintero con música del maestro Chapí, titulado *Abanicos y panderetas ó A Sevilla en tren botijo*, que á pesar de que los espectadores lo recibieron con marcada hostilidad, y aunque es demasiado largo y á ratos fatigoso, lleva en algunas escenas el sello de fábrica de sus ingeniosos autores. *Abanicos y panderetas* es una sátira contra los que no conociendo de Sevilla más que las pinturas abigarradas de panderetas y abanicos, creen que la ciudad del Guadalquivir es una especie de gran colmado en el que no se piensa más que en *juergas*, amoríos y borracheras.

Hay en esta obrita ¿y cómo no? conocimiento de las costumbres andaluzas, escenas graciosas, cuadros pintorescos y chistes espontáneos é ingeniosos; pero todo ello está demasiado diluido, todo se prolonga con exceso... En una palabra, los autores «se duermen en la suerte», lo que fué causa de que el público de la primera representación demostrara en varias ocasiones su impaciencia.

De todas maneras, con ser *Abanicos y panderetas* inferior á otros sainetes de los Quintero, supera con mucho á la mayor parte de las quisicosas que resisten los espectadores en los teatros por horas. Y en prueba de lo que acabo de decir, ahí están el juguete, ó lo que sea, que acaba de estrenarse en el Eldorado con el título de *San Juan de Luz*, cuyo solo atractivo estriba en la frescura con que las tiple (?) se presentan ante el respetable público, y el melodrama comprimido titulado *El tío Juan*, estrenado no ha mucho en la Zarzuela.

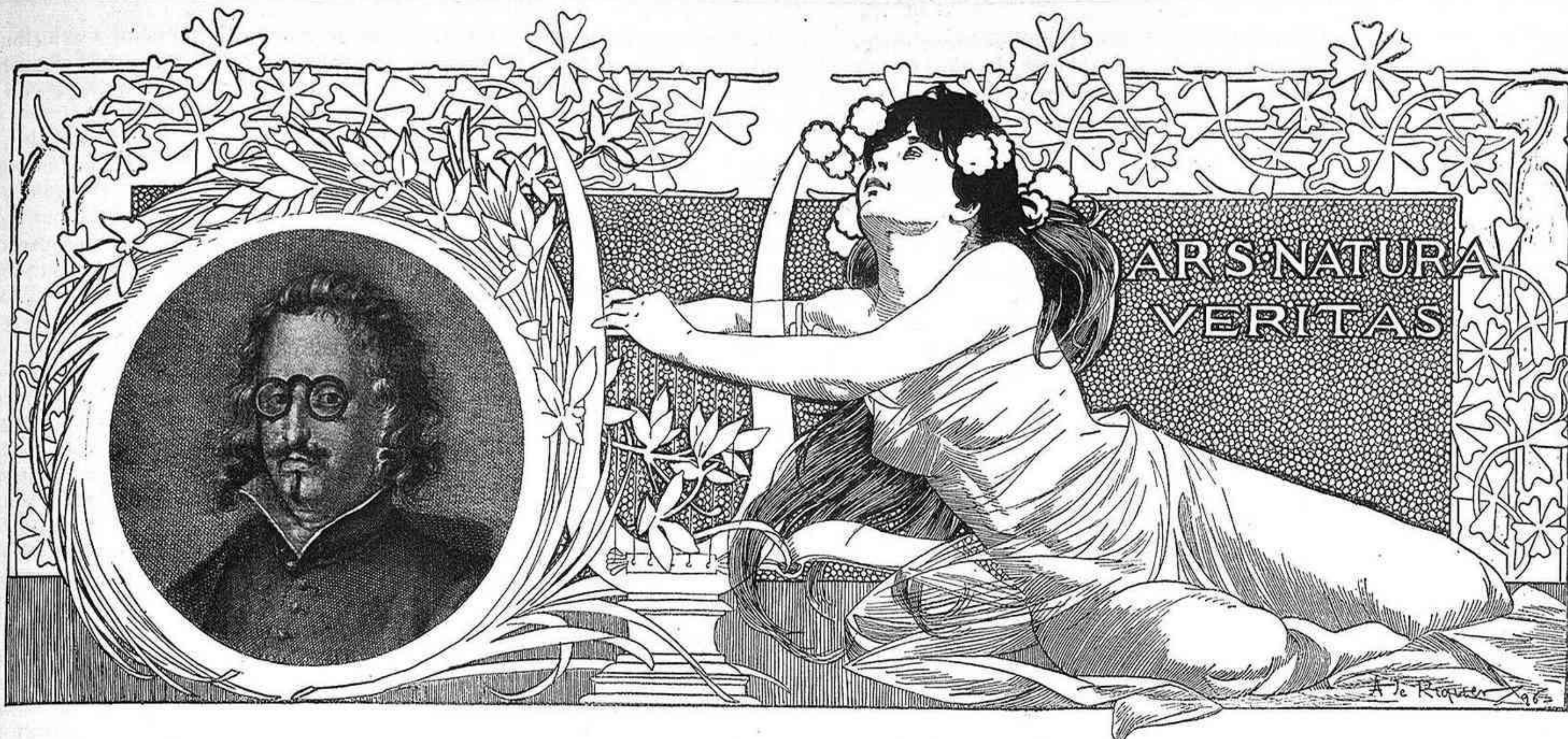
Como se ve, por lo que queda dicho, las novedades teatrales que el verano nos ofrece son pocas y de escaso valor. Por esto la gente, mirando con cierto desdén lo que en el actual momento histórico le ofrecen los teatros, hace cálculos acerca de la temporada próxima. Por de pronto, es un hecho ya que la compañía de María Guerrero y Fernando Mendoza, que ahora recorre las principales ciudades de Galicia de triunfo en triunfo, vendrá al teatro Español, «casa solariega» de los dos eminentes artistas, y en donde, además de dar á conocer las obras nuevas que han ido estrenando por esos mundos de Dios, representarán otras muchas que les han ofrecido los más renombrados autores.

También el teatro Real, especie de sirena cuyos cantos halagadores han atraído á tantos empresarios sumiéndolos luego en la ruina, tiene ya uno nuevo que se propone, según él mismo ha manifestado, hacer maravillas para levantar el decaído prestigio de aquella escena y vencer el desvío del público aristocrático, el cual desde los tiempos de Gayarre frecuente con poca asiduidad la sala del regio coliseo. Los lunes de moda del Español y los viernes de la Comedia han perjudicado mucho á las diferentes empresas que han tratado de explotar el primero de nuestros teatros líricos.

Es el nuevo empresario del Real el «popular» Arana, famoso en San Sebastián como contratista de toros, el cual contratista, hartado sin duda de lidiar con toreros, se siente con bríos sobrados para habérselas con músicos y cantantes.

— Este Sr. Arana, me decía hace pocas noches un amigo muy baqueteado en achaques de bastidores, sin duda ignora que corre más peligro un «caballo blanco» entre tenores y tiple, que un caballo de los otros en el ruedo de un circo taurino.

ZEDA.



DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Sin fingida modestia y con toda la sinceridad de mi alma aseguro que no peco de confiado ni me considero apto para muchas tareas literarias, pero no sé decir que no ni desairar ruego alguno de que yo escriba, teniéndolo siempre por lisonja, á la que por gratitud me considero obligado. Así se explica que prometa yo á veces escribir sobre asuntos que hallo después harto difíciles, que contraiga compromisos y que acometa empresas de las que apenas juzgo posible salir airoso. Esto me ocurre con el breve juicio que he prometido dictar sobre las obras de D. Francisco de Quevedo. ¿Cómo juzgar en poquísimos renglones, ya que hasta la extensión de mi escrito se me señala, á un polígrafo tan fecundo y de tan complicada índole? ¿Cómo decir acerca de él cosas de novedad é importancia sin estudiar detenidamente todas sus obras, sin desentrañar el sentido de ellas y sin penetrar con tino, y ahondando bien, en la mente del autor, que vivió en época tan distinta de la que ahora vivimos y en una sociedad tan otra de la del día, y sobre cuyos defectos y excelencias hay tan encontradas opiniones, tanto se disputa y en realidad tan poco se sabe?

Al querer hablar sobre Quevedo, no ya sólo sobre este singular ingenio, sino sobre el siglo en que vivió y sobre su historia política y literaria, se ofrece á mi pensamiento multitud de problemas que para mí están por resolver y son otros tantos enigmas. Sin duda floreció Quevedo en el siglo de oro de nuestra literatura. Nació en 1580 y murió en 1645. Fué contemporáneo de Cervantes, de Lope, de Tirso, de Mariana, de Góngora, y, en suma, de nuestros más gloriosos autores. Y sin embargo, puede también decirse que vivió Quevedo en una época de corrupción y decadencia, cuyos síntomas ominosos hacían prever que iba pronto á marchitarse aquel pasmoso florecimiento de nuestras letras y artes, así como en la esfera de la acción política nos amenazaban con hundimiento y ruina.

¿Por qué duró tan poco la hegemonía de España entre las demás naciones europeas? Con extraordinaria rapidez se elevó nuestra nación hasta ser la primera del mundo. Formó el mayor imperio que se había conocido hasta entonces; descubrió nuevos continentes é islas remotas; extendió su dominio por tierras vastísimas y sobre naciones y lenguas ignoradas antes; y en Europa, en el mismo centro del mayor poder humano, de la cultura expansiva y de la potencia civilizadora, prevaleció su consejo y se impusieron su voluntad y sus propósitos. Arrojó el islamismo de nuestra península y le humilló también venciendo en su mayor auge á los otomanos.

¿Se debió acaso la postración súbita de España á la magnitud pasmosa del esfuerzo empleado en adquirir precipitadamente tanto poder y tanta gloria y en realizar tan altos destinos? España y sus hijos pusieron un dique á la Reforma, pelearon heroicamente para reanudar el lazo que unificaba la civilización europea, defendieron y sostuvieron en Trento las sublimes doctrinas que hasta entonces la habían informado, y difundieron esas doctrinas y las ciencias y las artes y los adelantos materiales de Europa entre las naciones y tribus bárbaras de los ingentes países recién descubiertos. Tal vez pueda explicarse así la precipitada consunción de nuestros bríos em-

pleados en tan inmensa tarea, y algo á modo de perversión y maleamiento del espíritu nacional; pero yo no me atrevo á formular sobre el caso ninguna proposición categórica. No pocas dudas acuden á impedírmelo. Noto, por ejemplo, que los mismos ó muy semejantes defectos que afligían á los españoles de aquella era, estaban también en los hombres de otras naciones, las cuales han prosperado y crecido al compás que ha menguado España, por donde no hallo razonable atribuir tan diferentes efectos á las mismas causas. No puedo persuadirme de que los españoles del tiempo de Quevedo fueran ni más fanáticos, ni más intolerantes, ni más crueles, ni más inmorales que los franceses ó los ingleses de la misma edad. ¿Por qué, pues, se elevaron Inglaterra y Francia, y descendió España de la cumbre adonde había subido? ¿Cómo la corrupción y los vicios que se extendieron por el imperio español como gangrena, fueron para el francés y para el britano á modo de fermento y germen fecundo de futuro poderío?

Yo imagino á veces que hay en el estilo de casi todos los escritores de la época á que nos referimos, ya prosistas, ya poetas, un no sé qué de hiperbólico, de exagerado y de enormemente ponderativo que pinta y presenta á nuestra vista las cosas todas con cierta deformidad fantástica muy distinta de la realidad verdadera, y extremadísima, así en lo bueno como en lo malo. En los escritores españoles del tiempo de Quevedo, los hombres y sus actos se reflejan como en un espejo de aumento y además torcido, que no sólo los engrandece, sino que también los desfigura. Acaso el modo de ser de los hombres de acción influyó en los que escribían; acaso la exageración de los escritos influyó en los actos; acaso el influjo fué mutuo. De todos modos, así en lo imaginario y fingido como en lo real é histórico, se advierten los más contrapuestos extremos. Todo ello está hiperbólicamente representado en las obras literarias, pero todo ello hubo de tener, sin duda, un fundamento en la vida de entonces. La honestidad y pureza de las mujeres y el culto de la honra, que en ella se sostiene, impiden tal vez á nuestros autores dramáticos que presenten madres en sus comedias, porque con madres no podía menos de ser tan austero el recogimiento de las damas, sus hijas, que no diese lugar á la menor intriga amorosa. Era menester que las damas no tuviesen madre, y que hallándose bajo la custodia de padres y hermanos, fieros y celosos guardadores de su virtud, tuviesen que andar éstos, casi de continuo, á cintarazos y estocadas con los galanes y novios, y si la dama pretendida era casada, ella se exponía, al menor deslíz, á que le diera muerte su marido, el cual, con aplauso del poeta y del público, limpiaba su honra, no sólo de la mancha del delito probado y consumado, sino hasta de la mera sospecha, del conato y aun del intento, y esto no siempre en combate singular y cara á cara, sino á puñaladas y con premeditado asesinato. Culto, aunque tan feroz, nobilísimo y sublime de la honestidad y de la honra, se contrapone en la literatura, queremos creer que con mayor exageración aún que en la realidad, á la suma desvergüenza de la muchedumbre de maridos consentidos, que *comen de su cabeza*, que venden á sus mujeres y que incurren en la más vil de las infamias, si hemos de creer á Quevedo. El amor á la patria y la lealtad á los reyes llega en los escritos heroicos á extremos

absurdos y dignos de reprobación, á algo de monstruoso y perverso, como verbigracia en Sancho Ortiz de las Roelas, que por mandárselo el rey mata á su excelente amigo, hermano de su amada, á lo que no se prestaría el peor de los rufianes. Y en contraposición á tanta lealtad, también según Quevedo, no había personaje en la corte de su tiempo que no se dejase sobornar ó comprar por unos pocos ducados. Tal vez el mismo escritor ó poeta pondera, cuando toca el registro heroico, el recato y la honestidad de las damas como si fueran ángeles, y luego, tal vez en seguida, tocando el registro cómico ó dominado por el humor satírico, las disculpa y halla naturalísimo que se rindan y pequen, sobre todo si están pobres y si los galanes dan dineros, joyas, vestidos y hasta meriendas y confites.

Es asombrosa la simultánea aparición de los más opuestos caracteres, así en la ficción literaria como en la vida. España es entonces fecunda madre de santos, de mártires, de misioneros, de varones sabios y piadosos, que hacen prodigios de caridad, domando con su dulzura, cristianizando y beatificando á las gentes más bárbaras, rudas y remotas; que en Trento reforman la iglesia y defienden la libertad humana; y que, uniendo en fecundo y santo consorcio á la ciencia y al arte con la fe más viva, fundan, como Ignacio de Loyola y José de Calasanz, brillantes escuelas para la educación del linaje humano; y es madre al mismo tiempo, no menos fecunda, de los Lazarillos, Monipodios y Rinconetes, y de una larga cáfila de desalmados bribones. Y el escritor, sin duda espejo de aumento en aquella sociedad, nos pinta con igual hipérbole y entusiasmo las virtudes y la santidad de los unos y los vicios y desafueros de los otros. Así Quevedo, ya escribe las vidas del apóstol San Pablo y de Santo Tomás de Villanueva, ya la vida del Buscón.

Se me dirá que esta contraposición entre la virtud y el vicio, la maldad y la bondad, la sublimidad y la vileza, es de todas las edades y se da y aparece en todos los pueblos. No he de negar yo que es así; lo que me choca en ello es lo extremado. Y me choca también la perversión del juicio, de sentido moral y de la recta conciencia, con que no pocas veces actos dignos de los héroes de las novelas picarescas, se atribuyen sin reprobación y como donosa travesura á nobilísimos y denodados caballeros. De ellos hay que toman dinero de sus queridas, que son tahures y que mienten yestafan con la mayor desfachatez y frescura.

Con frecuencia combinan nuestros autores en un mismo personaje la perpetración de los crímenes más horrendos y la santidad luego, gracias á la conversión y á la penitencia. Aparece así representado el mundo como abominable infierno, donde bullen y hierven los vicios todos, pero sobre el cual difunde su consolación y vierte su esperanza la divina luz del cielo. De aquí tantas comedias de monstruosos pecadores, que, por virtud de la inagotable misericordia de Dios, no sólo se salvan, sino que son canonizados y adorados en los altares. La cruz todo lo transforma y purifica. El mundo es una ciénaga de impurezas y de atroces pecados; pero sobre esta ciénaga se levanta

El madero soberano
Iris de paz, que Dios puso
Entre las iras del cielo
Y los delitos del mundo.

También esta concepción del universo y del hombre, concepción inmanentemente pesimista y trascendentalmente optimista en grado sumo, consigue inspirar algunas de las más hermosas y extrañas creaciones poéticas de que la mente humana puede jactarse: *La devoción de la cruz* y *El condenado por desconfiado*.

No faltará quien diga al leer lo que hasta aquí llevo escrito que estoy divagando, pero es hartito difícil no incurrir en esta falta al querer definir y juzgar á un escritor como Quevedo, tan característico y tan fiel representante de su siglo y de su patria. En mi mente surgen innumerables cuestiones. Apenas acierto á ponerlas. ¿Cómo, pues, he de acertar á resolverlas, y menos aún en breves palabras y con poco ó con ningún previo estudio? Concienzudo, detenido y eruditísimo es el que hizo sobre dicho autor don Aureliano Fernández-Guerra en la «Biblioteca» de Rivadeneira; pero yo no me conformo con seguir servilmente á D. Aureliano. Al prólogo, á la biografía y á las notas que puso á las obras de Quevedo, remito al curioso que quiera saber á fondo el concepto que el Sr. Guerra había formado de aquel notable personaje. Dentro de poco además vendrá á ilustrar y á completar el trabajo de D. Aureliano el más notable crítico que vive en España hoy, descollando entre todos por su diligencia, despreocupado juicio, elevación de pensamiento y facilidad y elegancia de estilo. Me refiero á D. Marcelino Menéndez y Pelayo, á quien ha sido encomendada la hermosa edición de las obras completas de Quevedo, que va á publicar en Sevilla la *Sociedad de bibliófilos andaluces*.

Posible es que Menéndez y Pelayo aclare muchas dudas y resuelva muchas cuestiones. Yo, entretanto, me limitaré aquí á exponer algunas, aunque este escrito, que aspiraba á ser juicio, no pase de ser interrogatorio.

¿Hay sistema, hay novedad de pensamiento, hay hondas especulaciones en la parte metafísica, psicológica y moral de las obras de Quevedo, ó es todo alambicada retórica, sutil discreto, pomposa declamación y primoroso bordado sobre las doctrinas cristiana y estoica, irreflexivamente amalgamadas? ¿Qué se proponía, qué pensaba Quevedo sobre los públicos asuntos? ¿Cuáles eran, valiéndonos, para expresarnos con claridad, de los términos que ahora se usan, sus opiniones políticas? ¿Cuál su filosofía de la historia? Gran paciencia, mucha calma y reposo y completa carencia de prejuicios, favorables ó adversos, se necesitan para examinar, pongo por caso, *La Política de Dios y Gobierno de Cristo*, y decidir si hay allí algo de sistema, ideas nuevas y profundas, alguna mira y plan sobre el destino de España y de las otras naciones, ó si es todo una larga serie de lugares comunes realizados con la pompa, acicalados con la primorosa agudeza del ingenio y autorizados por la sentenciosa gravedad del estilo.

En la misma práctica, en la vida de Quevedo, rica de actividad y de aventuras, confieso que no veo claro, y hasta que me da poca luz, acaso por culpa mía, el trabajo del Sr. Fernández-Guerra. ¿A qué aspiraban Osuna y Bedmar en Italia? ¿Hasta dónde y cómo fué Quevedo agente de sus intrigas? No es razonable creer que la conjuración de Venecia fué una falsía. Por muy sin entrañas que supongamos al tribunal de los Diez y á los demás patricios de la Señoría, parece inverosímil y hasta absurdo que se condenen á muerte centenares de personas para dar apariencia de verdad, ó al menos mayor importancia, á una conjuración amañada, de la que, á fin de competir con Salustio, compuso el abate de Saint-Real tan novelesca y elegante historia. La conjuración, á no dudarlo, fué verdadera é importante. ¿Qué participación activa tuvo en ella Quevedo, que se hallaba en Venecia entonces y que logró escapar, por su serenidad y rara presencia de ánimo y por su milagrosa astucia, de entre las garras de los esbirros? Fer-

nández-Guerra niega casi la importancia de la conjuración y niega con más ahinco que Bedmar la fraguase, de acuerdo con Osuna y valiéndose de Quevedo. A mí, no obstante, no acaba de convencerme D. Aureliano.

La misma obscuridad é incertidumbre advierto yo

la *Epístola moral*, que por largo tiempo se atribuyó á Rioja, y ya parece competir con el más elocuente y austero de los predicadores cristianos, ya con el propio Epicteto ó con otros estoicos.

Pero en todo, sin excluir en las moralidades, es Quevedo contradictorio. En la *Epístola al Conde-Duque* reprueba el lujo, el regalo y la lascivia, y en no pocas de sus otras obras se manifiesta hartito propenso á todo ello hasta con cinismo, que sería más claro si no le encubriese ó solapase un tanto el tono de burla que toma el autor y el desenfadado jocoso con que escribe.

En su estilo Quevedo suele ser alambicado, conceptuoso y muy dado al culteranismo. Y sin embargo, Quevedo es acérrimo enemigo de esta corrupción, así como de otras, y para defender el buen gusto y restaurar la elegante sencillez de nuestro idioma, en poesía y en prosa divulgó egregios modelos. A él debemos no pocos versos de fray Luis de León y todos los del bachiller Francisco de la Torre.

Mayor contradicción se nota aún en Quevedo como hombre de ciencia. Había estudiado mucho; sabía de historia, de teología, de filosofía y de jurisprudencia; conocía varias lenguas vivas y algunas lenguas antiguas, como el latín, el griego y el hebreo; estaba en correspondencia con varones doctísimos de entre sus contemporáneos, verbigracia con Justo Lipsio; había residido bastante tiempo en Italia y había peregrinado por algunas otras regiones de las más adelantadas de Europa. Y sin embargo, yo sospecho, aunque no me atrevo á afirmar, que no veía la progresiva y nueva dirección que tomaba el espíritu humano, y que sus ideas sobre la marcha de las sociedades y sobre el universo visible, no eran muy distintas, ni más claras ni más altas que las que pudieron tenerse en la Edad Media. Escribo de prisa, me falta tiempo para cerciorarme de la cronología y temo caer en error, pero se me antoja que antes ó en tiempo de Quevedo escribieron Copérnico, Galileo, Descartes, Keplero, Bacon, Montaigne, Kircher y cien otros, sin que llegasen al oído de nuestro polígrafo el sonido de sus nombres y sin que se presentasen á su consideración sus descubrimientos, sistemas y teorías. En mi sentir, España entonces iba quedándose aislada, apartándose de la universal corriente civilizadora, y sorda y ciega á toda novedad y progreso. Y no era culpa de la Inquisición y de su cautelosa vigilancia, como tantos suponen, sino de nuestro engreimiento y de nuestra tenaz y arraigada persistencia en el puro pensamiento castizo, el cual, á manera de árbol sano, robusto y fértil, pero apartado del aire libre, no es de extrañar que se secase en flor y que por largo tiempo no diese luego sazonado fruto.

Como quiera que sea, yo no rebajo el mérito de las obras serias de Que-

vedo. Dejo sólo de calificarlas, como si fuesen para mí terreno inexplorado; denso y sombrío matorral, frondosa é intrincada selva, donde tal vez penetre sujeto más curioso, de mayor perspicacia y persistencia que yo en el estudio, y descubra tesoros de filosofía y de otras altas especulaciones. ¡Quién sabe si puesto en claro y patente dicho tesoro, vendrá á aparecer Quevedo como filósofo original y castizo, merecedor de figurar al lado, ó al menos en no muy inferior altura, de Suárez, Vives, Victoria, Melchor Cano y Domingo de Soto! Puede ser también que examinadas con detención sus obras políticas, se descubran en ellas profundidades especulativas ó de observación que las pongan al nivel de las de Mariana, Gracián y Saavedra Fajardo. Yo mismo, muchos años ha, allá en mis mocedades, intenté hacer este trabajo, y aun escribí y publiqué parte de él en una Revista titulada *La América*. Hoy considero la empresa muy por cima de mis bríos y de mis facultades. Me arredra además y hasta confieso que repugna algo á mi natural condición lo enmarañado, escabroso y difuso del estilo serio de Quevedo, que tanto



Estatua de D. FRANCISCO DE QUEVEDO que forma parte del monumento recientemente inaugurado en Madrid, obra de Agustín Querol

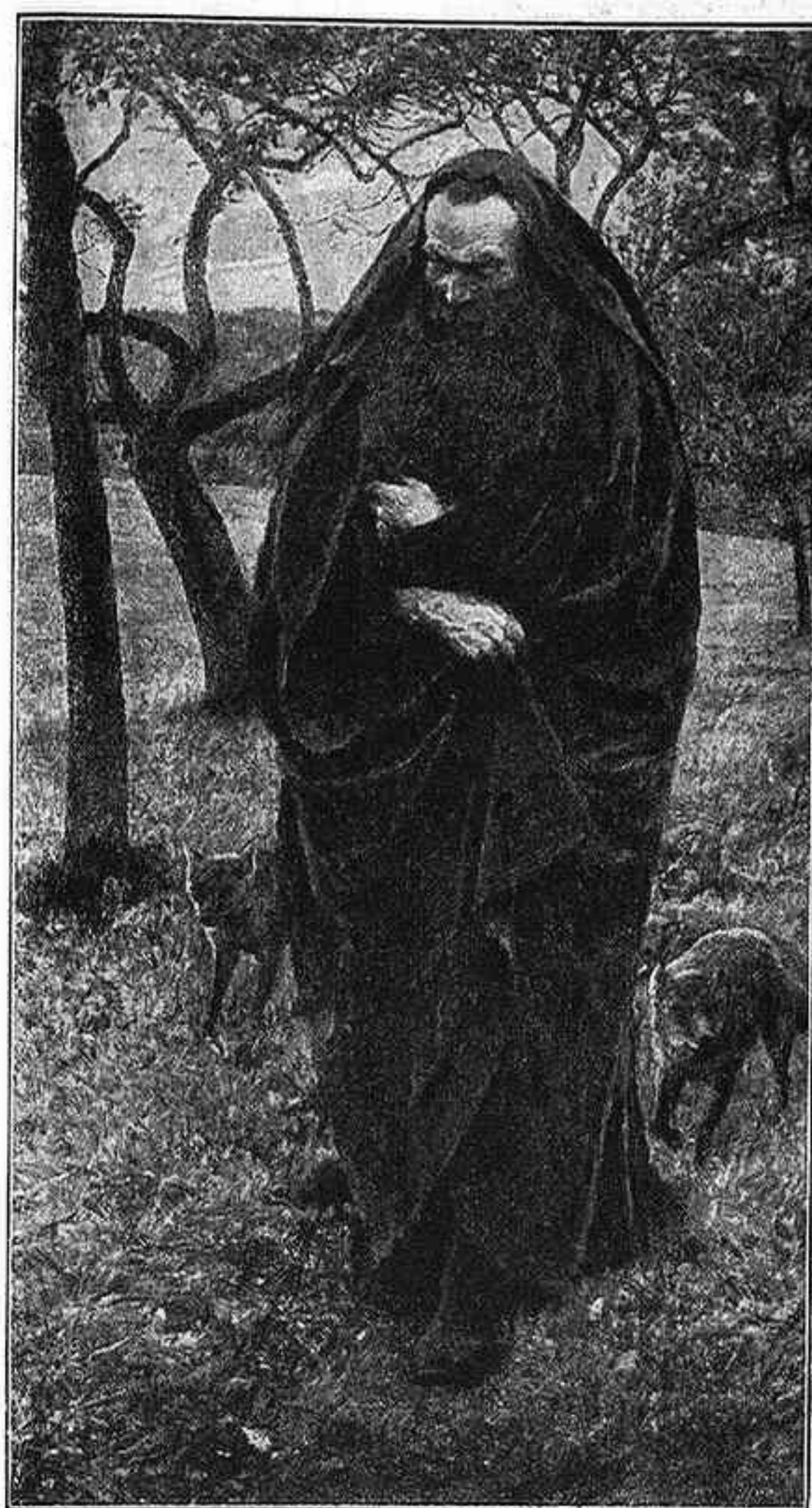
en toda la vida política de Quevedo, en sus relaciones con los favoritos de Felipe III y de Felipe IV, en los motivos del valimiento de que gozó y en las causas de las crueles persecuciones de que fué víctima.

Según mi gusto y para mi completa satisfacción, no hay todavía una vida clara de Quevedo. Para conocer bien su carácter sería menester examinar profunda y detenidamente todos sus escritos, así como, incurriendo al parecer en un círculo vicioso, el mejor y mayor conocimiento del ser moral de Quevedo podría servirnos de guía para interpretar sus escritos con la rectitud y la claridad debidas. Tal y tan somero como es mi entender en esta materia, yo no acierto á marcar, en las obras de Quevedo, el límite ó la raya que separa lo que está sinceramente sentido de lo que sólo está retórica y pomposamente declamado. No he de negar por esto, antes he de aplaudir la noble hermosura de muchas sentencias y de no pocos dichos del prosista y del poeta. A veces, como en la famosa *Epístola al Conde-Duque de Olivares*, Quevedo se eleva al nivel de

se opone á la sobriedad y mesura de los antiguos clásicos, lo cual se advierte más que en nada en la *Vida de Marco Bruto*, donde se destaca y disuena el candoroso y sencillo texto de Plutarco.

Limitémonos ahora á hablar de las obras satíricas de Quevedo. La exageración en el estilo, la hipérbole de que ya hemos hablado, producen en ella, según mi modo de sentir, un efecto estético, calmante y grato. Quiero significar con esto que en dichas obras, más que la verdadera sátira que nos afligiría y compungiría, se ve la burla, el chiste, el juego libre de la fantasía, y no el fiel retrato de una sociedad horriblemente desmoralizada y viciosa. Dichas obras, así en prosa como en verso, más que satíricas deben llamarse festivas y jocosas. En este género Quevedo no tiene rival en nuestra literatura, y no creo que en las extranjeras haya quien se le adelante. Entiéndase que pongo aparte al autor del *Quijote*, cuya gracia es incomparable y única y de más fina y elevada naturaleza. En Cervantes, hasta en lo más cómico y ridículo se ve siempre algo de noble, de delicado ó de hermoso que nos lo vuelve simpático; Quevedo, por el contrario, propende á la caricatura. Cervantes penetra y escudriña los más hondos centros del alma humana, mientras que Quevedo apenas pinta nunca sino lo superficial y exterior. Su hábil manejo del idioma, su riqueza de vocablos, frases y giros, sus retruécanos y equívocos y sus agudezas y discreteos constituyen el principal encanto de sus escritos alegres y hacen que persista en ellos la rara virtud de mover á risa. Nada hay menos persistente que esta virtud en los escritos de los ingenios más celebrados. El pasmo que inspira lo sublime y el terror mezclado de deleite que infunde lo trágico, lo mismo se sienten aun leyendo una tragedia de Esquilo ó de Shakespeare que el *Don Alvaro*, por ejemplo, del Duque de Rivas. Pero lo chistoso pasa, se esfuma ó no se comprende ni se sabe en qué consiste cuando pasa algún tiempo. Menester es que el chiste tenga poderosa vitalidad y fuerza para que viva siglos encerrado en la palabra escrita. Aristófanes y Luciano fueron muy graciosos, hicieron reír mucho á los hombres de su edad, mas los que ahora los leemos solemos quedarnos fríos y reímos poquísimos con sus gracias. En este punto Quevedo es un ingenio poderoso y sólida y fundadamente inmortal. Sin duda que las gracias de Quevedo son mil veces más difíciles de trasladar á extraño idioma que las de Cervantes; pero mientras dure y se entienda la lengua castellana, las gracias de Quevedo serán reídas, celebradas y admiradas por toda persona medianamente culta, sin que las haya superado hasta el día ningún otro prosista ó poeta español ó extranjero. No tienen la trascendencia y la hondura, por ejemplo, de las de Voltaire; pero en el artificio de la expresión, en la abundancia y lozanía del lenguaje y en lo impre-

visto y caprichoso de las imágenes y comparaciones, Quevedo vence á los demás escritores festivos. Poco enseñan ó moralizan sus sueños, pero siempre nos divierten y nos maravillan. *La visita de los chistes* y



LA NOCHE, cuadro de Eugenio Burnand

Las zahurdas de Plutón, pongamos por caso, tienen hoy para toda persona entendida la misma frescura que cuando se compusieron. Y tienen además la inestimable ventaja de que hoy, si son fáciles de entender, serían difíciles ó casi imposibles de escribir si ya no estuviesen escritas, porque el pensamiento humano y el habla en que puede expresarse han variado de dirección y de forma.

El desenfado y el donaire de Quevedo en algunas de sus más breves obrillas apenas pasan, en el fondo, de lo más vulgar y somero; pero esto mismo los hace más populares, más al alcance de toda clase de gente y menos expuestos á promover en nadie el disgusto ó la ira. Así, las *Cartas del caballero de la*

Tenaza, el *Libro de todas las cosas y otras muchas más* y *La culta latiniparla*, en prosa, y en verso innumerable cantidad de sonetos, sátiras, letrillas, jácaras y romances.

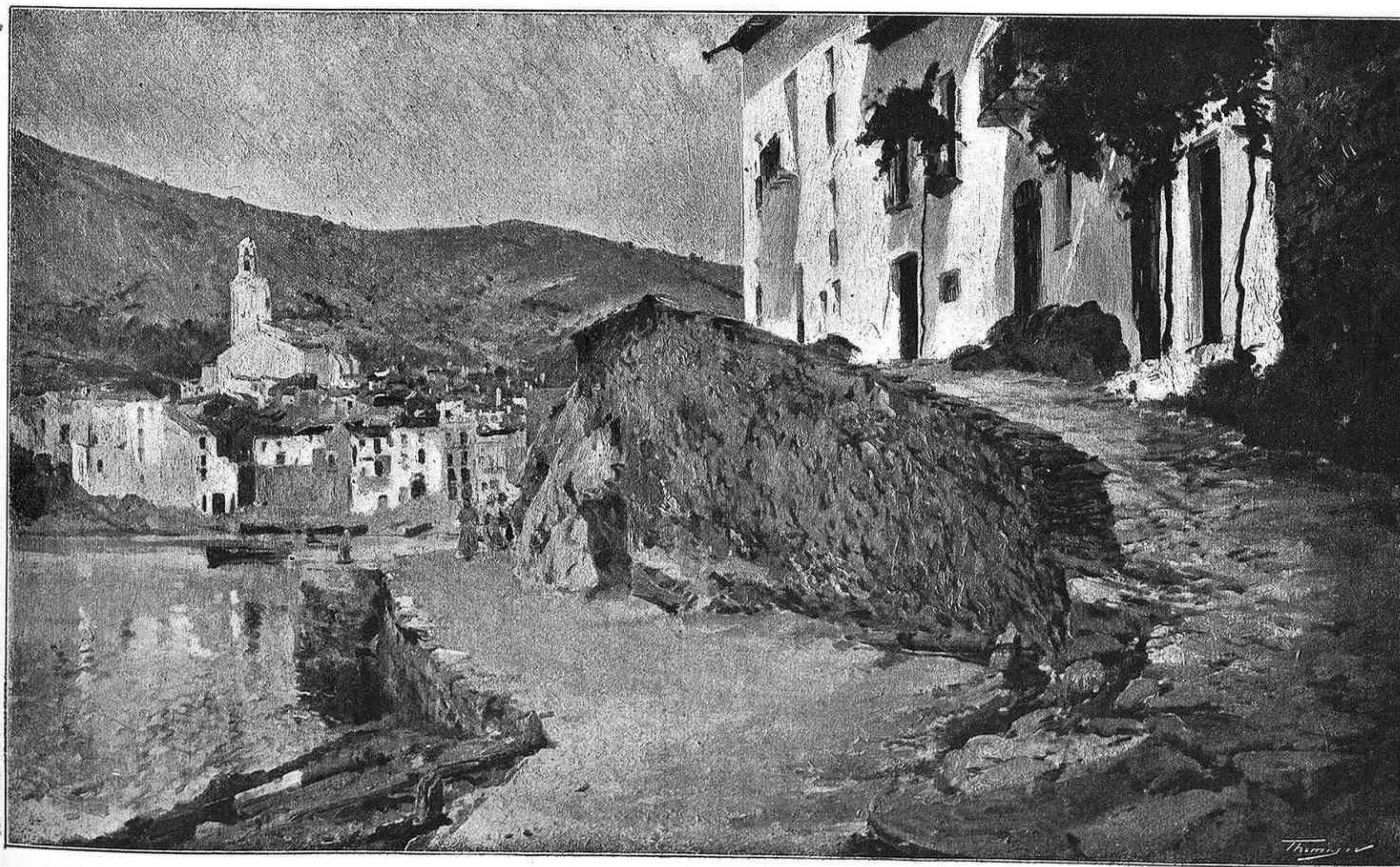
A pesar de las faltas que hemos notado en Quevedo al hacer este rápido bosquejo del carácter de sus obras, no puede negarse que es uno de los mejores escritores y de los más originales ingenios que hubo en España en el siglo XVII. Sus poesías líricas, no jocosas, son estimables á pesar de la afectación y rebuscamiento del estilo y del descuido con que fueron impresas. En algunas, como en la ya citada *Epístola al Conde-Duque de Olivares*, se eleva hasta la más digna gravedad en las sentencias, y suele, desechando el mal gusto en moda, hallar la más feliz y pintoresca expresión para sus sentimientos é ideas. Quizás por culpa de mi ligereza y poquísimos estudio, le juzgo yo desfavorablemente al hablar de sus obras en prosa. Espero que el Sr. Menéndez y Pelayo, en la edición que hará de ellas pronto, nos manifieste y ponga de realce su verdadero mérito.

Entretanto, donde este mérito está claro, resplandece con brillo inextinguible y no ha menester manifestación ni demostración alguna, es en la parte jocosa de sus poesías, y más aún si cabe en las sátiras en prosa, donde á pesar de lo que sienten algunos, y Ticknor entre ellos, de que se nota honda acritud y el pesimismo y la misantropía de su alma, agriada por tantas injustas persecuciones como tuvo que sufrir, veo yo más bien el concepto cristiano del mundo, valle de lágrimas y semillero de pecados, realzado este concepto, más bien que sentido, por la hipérbole y por el ansia de llamar la atención y de excitar la admiración de los lectores con imágenes, frases y sentencias extraordinarias y nuevas. Esto le arrastra á veces hasta la más extremada y grotesca caricatura, como sucede en la *Vida del Buscón* y en *Las locuras de Orlando*.

Dicen que Quevedo imitó á Luciano. Yo creo que no le imitó, sino que se inspiró en él. Si quiso imitarle, no lo consiguió y salió otra cosa. Más vale así. Así tenemos dos grandes escritores harto distintos en todo: Luciano y Quevedo. Y aunque me exponga á equivocarme, por estar Luciano en griego y ser más antiguo, y por estar Quevedo en castellano, ser más de nuestros días y entenderle yo mejor, todavía me atreveré á decir que Quevedo me parece mejor que Luciano y más divertido.

Los ya citados sueños de *Las zahurdas de Plutón* y de *La visita de los chistes*, así como *El sueño de las calaveras*, y por su ingeniosa invención *La hora de todos* y *la Fortuna con seso*, son riquísimas joyas de nuestra literatura nacional y de las que más la realzan y la hacen descollar entre las de otros pueblos y lenguas.

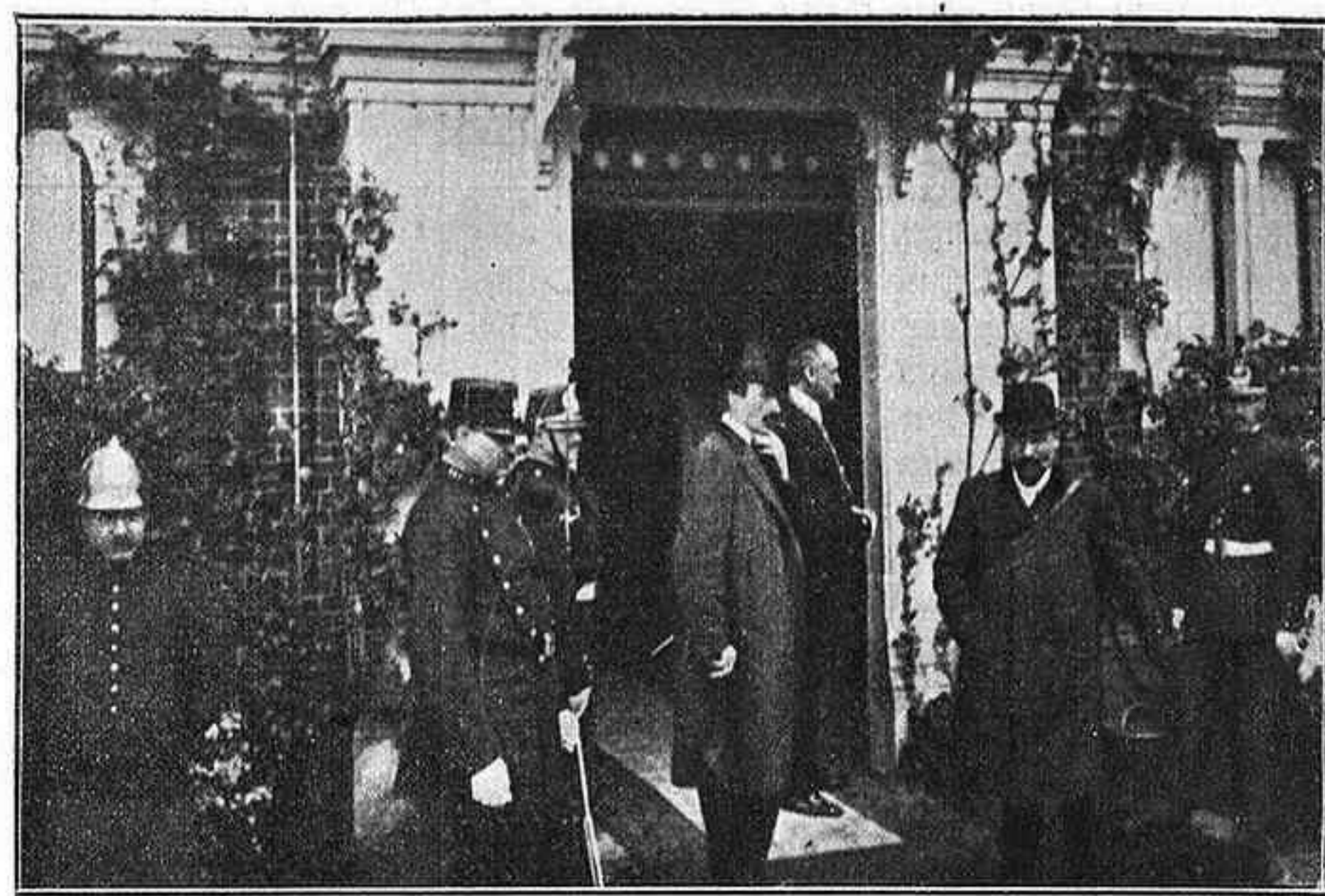
JUAN VALERA.



El mirador de Cadaqués, cuadro de Eliseo Meifrén (Exposición del Círculo Artístico de Barcelona)



PARÍS. — LA CARRERA DEL GRAND PRIX. — Salida de Longchamps. La D'Aumont del Presidente de la República



PARÍS. — LA CARRERA DEL GRAND PRIX. — La tribuna presidencial. Entrada por la parte del «pesage»

CRÓNICAS PARISIENSES. — LAS GRANDES SEMANAS

La *season* en París. — Derby de Chantilly. — El palacio. — El parque. — La concurrencia á las carreras. — El bosque de Bolonia por la mañana. — Los grandes premios. — El día de los *mail-coachs*. — Gran premio de Auteuil. — Dos artistas. — La fiesta de las flores. — El día del Gran Premio de París. — De la mañana á la noche. — Hacia Trouville y Ostende.

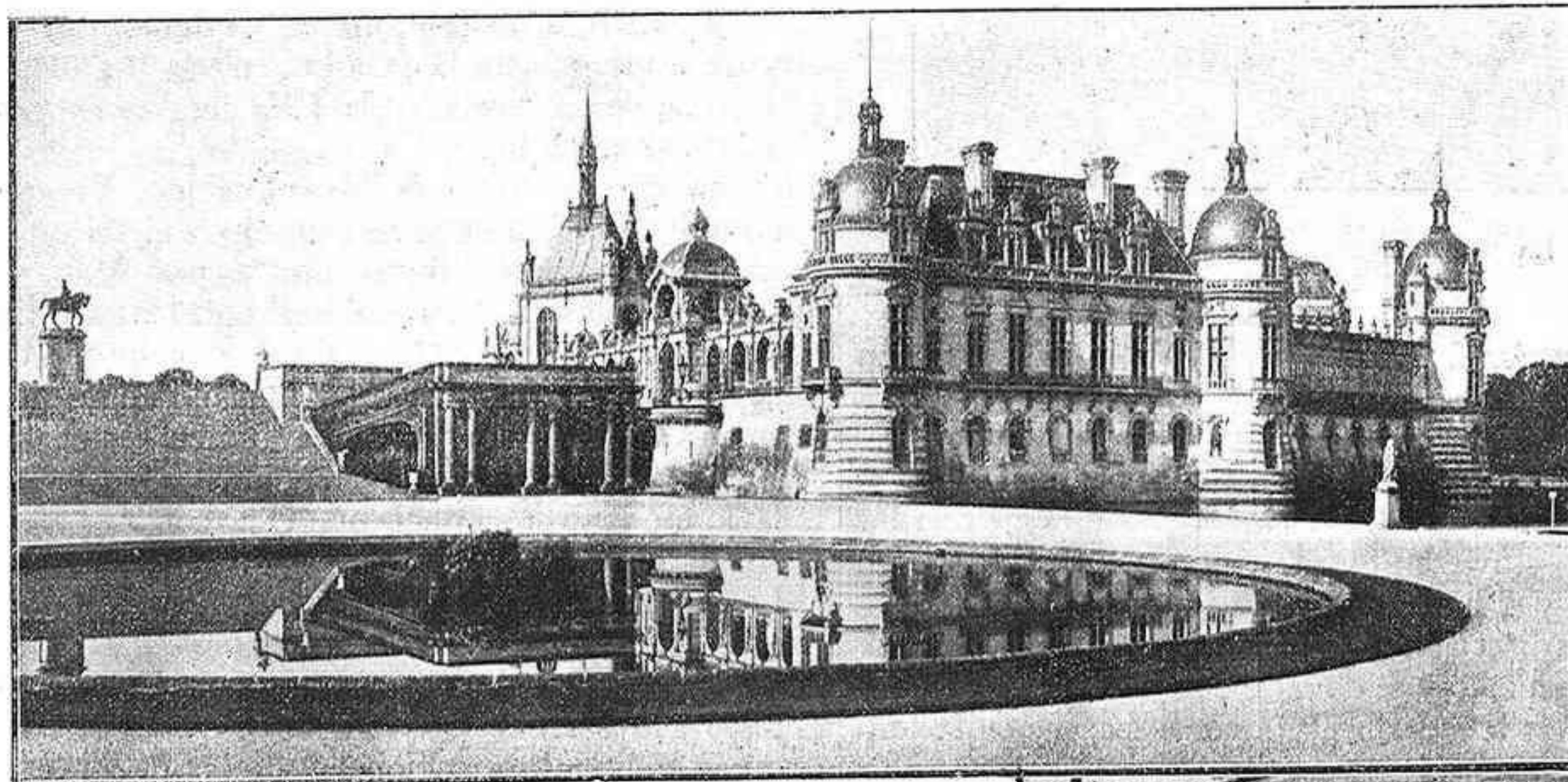
París tiene también su *season*, considerándose como tal las dos semanas que preceden al Gran Premio.

co es la «Isla del Amor,» construída en el siglo XVIII, con una glorieta en su extremo y la estatua en mármol de la Venus Calipigé. El verde césped del prado está bordeado de arena de río y ésta limitada por los macizos de boj; y á trechos, alegres surtidores arrojan espumosas aguas que, cayendo en el tranquilo lago que rodea la isla, interrumpen la calma de aquel lugar poético.

Más allá, hay un laberinto, y en aquella misma parte del parque está la «Casa de Silvia,» que en 1724 fué teatro de una amorosa novela entre madame de Clermont y M. de Melún.

El bosque es de lo más encantador que existe en los alrededores de París. Los robles y tilos, que perfuman el ambiente, álzase entre lirios silvestres, helechos y violetas, mezclados con pinos y grandes castaños.

El estanque de Comelle está cerca del palacio de la reina Blanca, sitio en donde se encuentran los cazadores después de las grandes jornadas de la caza del ciervo, que



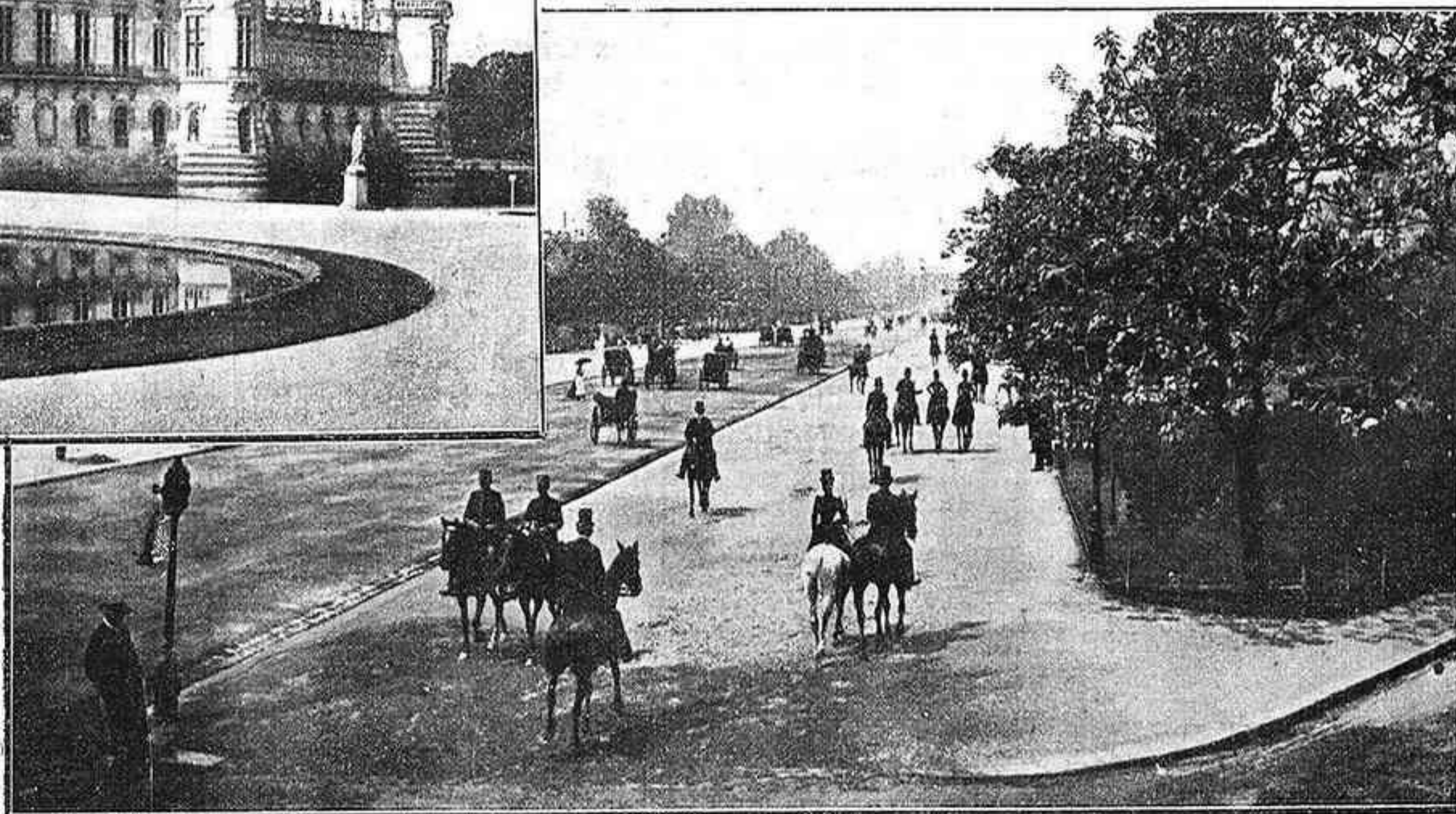
EL PALACIO DE CHANTILLY

Durante esos quince días todo sale á reír: trajes magníficos, forasteros escogidos, fiestas en los grandes hipódromos de Chantilly, Auteuil y Longchamps, batalla de flores en la avenida de las Acacias. La gente, desde que despierta, sólo piensa en lanzarse á la calle en busca de distracciones, y las señoras van de modista en modista para probarse trajes y comprar sombreros.

Inaugura las fiestas el Derby de Chantilly: allí, á aquel hermoso campo de carreras en donde puso su sello la mano del hombre más *chic* de Francia; allí, á la antigua residencia que del gran Condé heredó el duque de Aumale, allí va el público parisiense.

El palacio de Chantilly se compone de dos alas unidas entre sí: el «Pequeño Palacio» y la «Capitania,» construídos por Juan Bulland para el duque de Montmorency, y el «Gran Palacio» propiamente dicho.

El primitivo palacio ó castillo fué edificado en el siglo XIII y reconstruído en el siguiente; el otro, situado á su lado, lo fué en el XVI. Más adelante el gran Condé se hizo dibujar los jardines por el célebre Le Notre, que fué también el arquitecto de los jardines de Versalles, gastando considerables sumas en la conducción de aguas para los surtidores. De todos estos jardines el más poéti-



PARÍS. — LA AVENIDA DEL BOSQUE DE BOLONIA

ha sido allí acorralado por los perros y cuya agonía presencian desde aquel lugar los concurrentes á la fiesta.

Estos son los parajes que desde las tribunas contemplan las regocijadas muchachas y los *sportmen* que todos los años asisten al Derby, que copiado del que en Inglaterra se celebra en el hipódromo de Epsom, se verifica todos los años en Francia quince días antes del Gran Premio.

Nunca había acudido á Chantilly tanta gente como este año. Bien es verdad que todo contribuyó al mayor esplendor de la fiesta: el tiempo fué magnífico, ni muy fresco ni muy caluroso, y los que apuestan tenían una ocasión



PARÍS. — EN LAS CARRERAS DE AUTEUIL. — Un grupo de artistas. Lianne de Lancy y Clemence de Pibran



PARÍS. — EL DÍA DE LOS DRACKS. — La gente de los mail-coachs atravesando la pista de Auteuil

única de probar fortuna sobre los caballos concurrentes á esas carreras primaverales.

Las inmediaciones de la estación del Norte estaban invadidas por los carruajes que conducían á los aficionados; y en Chantilly ocurría otro tanto, y los ómnibus y *char-à-bancs* llenábanse de pasajeros que se dirigían al *pesage*. A cada llegada de tren ofrecíase un cuadro diferente, pero siempre pintoresco: aquel conjunto de trajes y sombreros masculinos en que dominaban los colores negro y gris, estaba fantástica y alegremente salpicado por los tonos claros de los vestidos femeninos y de esos poemas de la coquetería, llenos de lazos y flores, bajo los cuales cubren las mujeres sus colores de camelia y de rosa.

¡Chantilly! Nada más bello y grandioso que ese hipódromo visto al sol de un hermoso día de junio que inunda de luz aquella multitud atareada: el cielo sembrado de nubes *mordorées*; el paisaje encendido, sediento; el verde subido de las *pelouses* y de los bosquecillos; los coches de los castellanos vecinos junto á la valla; los automóviles formando simétricas hileras detrás del *pesage*; las sombrillas multicolores, los sombreros de paja de todas formas adornados con muguets, rosas de todos colores, violetas de Parma y hojas; los trajes de tonos delicados de las señoras, y la multitud que se sube á los coches ó á las sillas para poder discutir las peripecias de la carrera, constituyen un conjunto de belleza indescriptible.

¿Quién había en el hipódromo? Necesitaría copiar buena parte del almanaque Gotha y del *armoiré* de Francia para poder dar una lista completa; añádanse la alta banca, los *sportmen* y lo más selecto del contingente extranjero que actualmente se encuentra en París, y resultará que llenaríamos columnas y más columnas sólo para citar nombres.

La carrera fué en extremo emocionante, habiendo ganado el premio de 100.000 francos el caballo *Retz*, propiedad de M. Camilo Blanc, uno de los propietarios del Casino de Mónaco.

* *

Aquí en París, la gente *chic* va por la mañana al Bosque de Bولonia: allí, en aquella avenida que desde el arco de la Estrella conduce á la puerta Dauphine, van y vienen á caballo generales en activo servicio, caballeros de cierta edad que acompañan á sus hijas, señoritas al lado de sus hermanos y señoras seguidas á cierta distancia por su lacayo, vestido con librea corta, pantalón claro y botas con vueltas de cuero. Ese hermoso paseo denominábase antes Avenida de la Emperatriz, porque la emperatriz Eugenia fué una de las iniciadoras de aquellos sitios de esparcimiento y una de las que con más entusiasmo fomentaron la obra del nunca bastante alabado barón Haussmann, el cual tenía como lugarteniente al repoblador del arbolado de París M. Alphand, cuyo monumento modelado por Dalou levántase en esa misma avenida.

Entrando por la verja dorada y de hierro de la puerta Dauphine, encontramos el Café Chino y á la derecha el paseo que nos ha de conducir á las Acacias. Muchos conocen este paseo, pero sólo por la tarde, porque los forasteros que dedican la mañana á compras ó á descansar en la cama de las fatigas de la noche anterior, no piensan que París se levanta temprano. Desde las ocho de la mañana está lleno de gente, sobre todo de señoras que guían en *tonneau* su pequeño poney, que trota por los bien arreglados caminales, ó su victoria tirada por briosos *cobs*.

A un lado está la avenida de los jinetes y á otro la de los peones con hileras de sillas en donde la gente se sienta á tomar el fresco, respirando el perfume de las olorosas acacias que en este tiempo y movidas por el viento dejan caer sus flores deli-

das que cubren el suelo de blanca alfombra. También se ve alguno que otro ciclista, pero no muchos, pues el automóvil ha matado la bicicleta, relegándola al campo y á ciertos servicios urbanos.

En las extraviadas avenidas del interior del Bosque, como el camino de los Postes, que llega hasta cerca del Pre Catelan y de allí á la rotonda llamada la *Pattinière* (sinónimo de chismografía), se dan cita los jinetes para hablarse, contarse sus impresiones de la víspera, sus proyectos para el día siguien-

Los trajes claros, las sombrillas de vivos colores y los sombreros llenos de flores eran admirados por todo el mundo.

No se crea que es cosa fácil distribuir los asientos de un *mail-coach*; se necesita para ello más diplomacia que la empleada por todos los embajadores reunidos. La señora de más respeto ha de ocupar la izquierda del dueño del carruaje, que lo guía; siguen luego otras señoras casadas mezcladas con caballeros y algunos jóvenes, y detrás, dando la espalda al guía, las dos muchachas más guapas del mail, lo cual es más natural y más agradable á los peones que las ven pasar al trote largo y en quienes produce impresión más grata encontrarse con caras bonitas que con fisonomías varoniles ó de jamonas.

Al llegar al campo de carreras, atraviesan la *pelouse* dirigiéndose al *pesage*, y después de haber corrido la del Gran Premio de los *dracks*, amenizado por una música militar, vanse á merendar en los coches, convidando á los amigos con quienes se han dado cita, y entonces no se oye en aquel sitio más ruidos que taponazos de las botellas del champaña y sonoras carcajadas.

Las *toilettes* son aquel día sobrias y elegantes, obsérvandose en seguida la diferencia entre las damas del *faubourg* y las que sólo de tales tienen el nombre.

* *

En el Gran Premio de Auteuil venció el caballo *Gratin*, cuya propietaria, Mme. Riccotti, ha pertenecido durante algunos años al cuerpo de baile de la Opera, en donde, á pesar de su belleza, de su gracia y de su talento, no habría ganado en un año lo que su caballo le ha producido en un día.

Coincidencia rara: durante dos años la gran carrera ha sido ganada por caballos pertenecientes á mujeres artistas, pues el año pasado ganó esta misma carrera *Solitaire*, propiedad de la célebre Luisa Marsy, de la Comedia Francesa, conocida por sus novelescas relaciones con el infortunado *petit sucrier*.

Es costumbre que el presidente de la República haga subir á su palco al dueño del caballo vencedor, para felicitarle; pero ni este año ni el pasado pudo hacerlo, porque el Protocolo no permite que el jefe del Estado reciba en su residencia mujeres

artistas, como no sea para que representen comedias ó bailen contradanzas en el teatro de su palacio.

El día antes de Auteuil, la gente va á la batalla de flores, que se celebra en el paseo de las Acacias, adornado con mástiles y gallardetes. Esta fiesta casi siempre fracasa, porque por la mañana suele llover á cántaros; y este año sucedió lo que en los anteriores, es decir, una lluvia torrencial primero y á las dos de la tarde un sol espléndido.

Los coches fueron muchos, pero pocos adornados; únicamente las artistas de café-concierto, casi todas guapas, se mostraron en sus carruajes guarnecidos de lirios, rosas y orquídeas. Un coche de mardesvelva, de las hermanas Marconnier, ganó el primer premio.

El día del Gran Premio de París, además de gozarse del espectáculo de los otros días, se tiene la ventaja de poder admirar un resto de los esplendores del Imperio. M. Loubet va á las carreras en coche á la D'Aumont, precedido de un piquete vestido á la francesa, con el cabello empolvado y llevando al cinto un cuchillo de monte.

La vigilancia que alrededor del presidente se ejerce es extraordinaria, así es que el que lanza un grito ó emite una opinión sediciosa, es al instante detenido como si fuera un ladrón. Ladrones no faltan en el hipódromo, abundando especialmente los carteristas.

Por la noche se celebra la gran fiesta en los res-



MONUMENTO Á GOETHE EN VIENA, obra de Edmundo Hellmer

te, para platicar del asunto de actualidad, para indagar cuál caballo ganará la carrera próxima, averiguar los secretos de cada cuadra y criticar á los vecinos que les están mirando.

Las señoras regresan á su casa á las once, pero las artistas y *demi-mondaines* se van á almorzar á Armenonville, en donde se reunen con sus amigos.

Por la tarde, después de las dos, comienza la gente á afluir á las carreras. Sin hablar más que de las grandes reuniones, citaré el Gran Premio de Auteuil para *steeple-chasse*, el Gran Premio de Vallas que se corre el miércoles siguiente, el Gran Premio de los *Mail-Coachs* y el Gran Premio de París que se verifica en Longchamps. Todos son grandes premios, pero de verdad, puesto que sólo estos cuatro citados importan la respetable suma de seiscientos cincuenta mil francos.

El día en que el hipódromo de Auteuil presenta un aspecto más elegante, es el de la carrera de *Drachs* ó *Mail-Coachs*. Este año, veintiséis coches de éstos salieron de la plaza de la Concordia, frente al casino de la calle Real, en donde reside la Sociedad de los *Steeple-chasse* de Francia, y era realmente un espectáculo maravilloso ver aquel continuo ir y venir de carruajes particulares que dejaban á sus dueños en el punto de reunión, en donde damas y caballeros se encaramaban por escaleras de hierro á las alturas de aquellos vehículos, que guiaban los mejores *guides* de París, como el príncipe de Troubetzkoi, el duque de Noailles, etc.



EN LOS MONTES DEL LACIO, cuadro de Enrique Serra



SANSÓN EN EL MOLINO, cuadro de F. Vasarri

tauranes del Bosque, como el Pabellón de Madrid, el de Armenonville, etc., y en los de los Campos Elíseos, donde se cuentan en primera línea los de Laurent, Chevillard, Paillard y Embajadores.

Más tarde la reunión se traslada al Jardín de París, terminando la fiesta en casa Maxim.

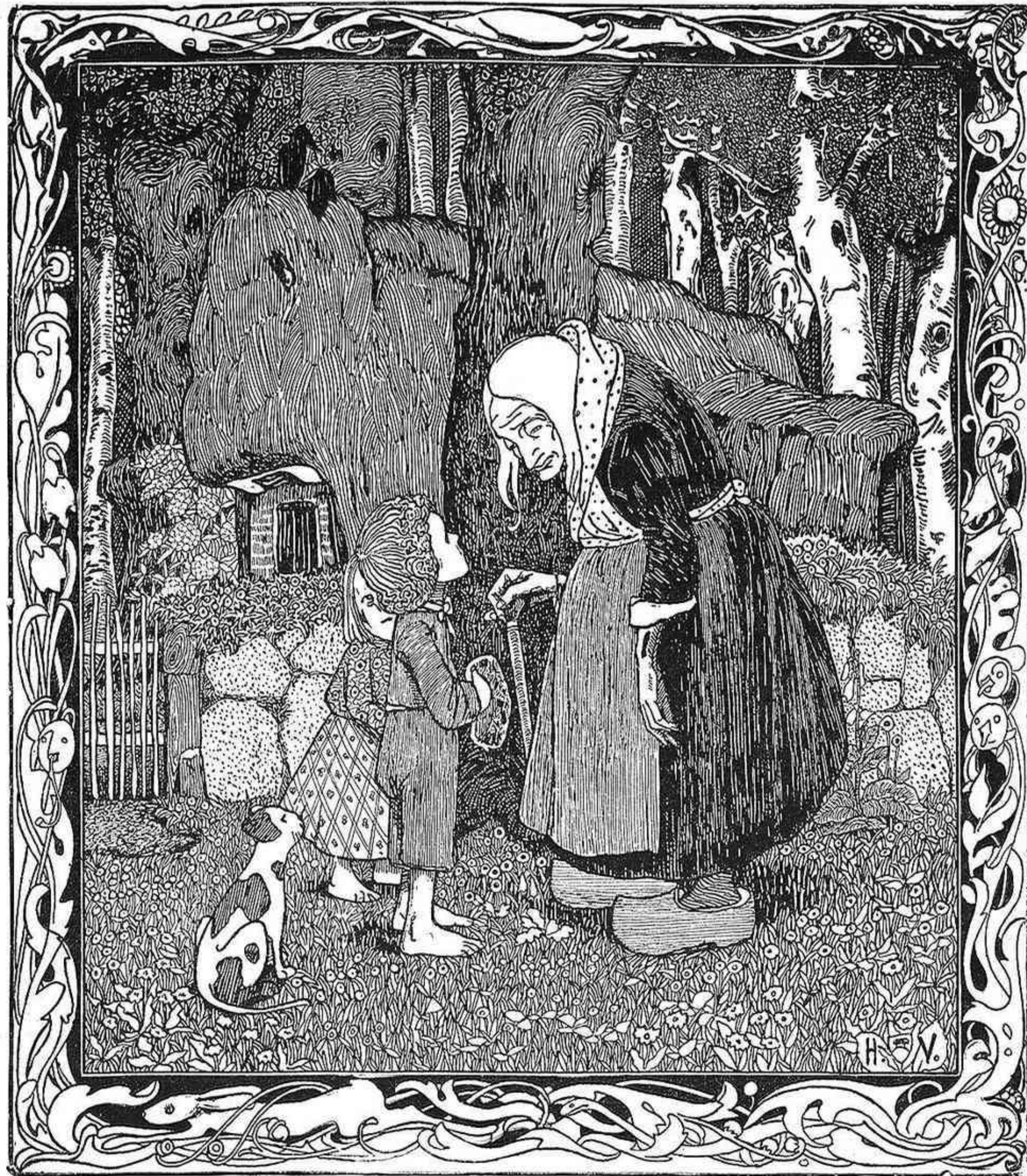
Al día siguiente, todas las elegancias se fueron á Londres para la coronación; pero todas regresaron muy pronto por haber sido suspendidos los festejos de aquélla á causa de la enfermedad del rey Eduardo, y ahora se disponen á dirigirse á Trouville, á Ostende ó á Aix.

PEDRO COLL.

(Fotografías de José M.^a Boada, hechas expresamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA).

NUESTROS GRABADOS

Hansel y Gretel, dibujo á la pluma de Enrique Vogeler.—¿Quién no conoce el bonito cuento popular que ha inspirado á Humperdink su bellísima ópera, aplaudida en los principales teatros del mundo? ¿Quién no ha sentido emoción hondísima y hasta cierto sufrimiento al ver á los dos pobres niños caer en manos de la vieja hechicera que ha de comerseles? El notabilísimo artista alemán Enrique Vogeler nos presenta en su dibujo á los dos hermanitos en el momento en que la bruja se les acerca engañándoles con sus halagos para mejor apoderarse de ellos. La obra de este dibujante recuerda las composiciones de los antiguos grabadores al agua fuerte y tiene un sello de sinceridad infantil perfectamente adecuado al asunto; pero en medio de esta aparente sencillez, se advierten una corrección, una firmeza y un dominio de la técnica que justifican plenamente la reputación tan grande como sólida de que su autor goza en Alemania.



HANSEL Y GRETTEL, dibujo á la pluma de Enrique Vogeler (Del «Deutsche Kunst und Dekoration» de Alejo Kock, Darmstadt)

La pastorcita, dibujo de J. Pinós.—Figura el autor de este dibujo entre nuestros más celebrados ruralistas, y la fama que como tal ha conquistado no puede ser más legítima. Pinós se ha empapado de la naturaleza de nuestra tierra catalana, y ora con el lápiz, ora con el pincel, traslade al papel ó á la tela los tipos payeses endurecidos por el rudo trabajo, las masías bañadas por el sol, los campos de alforjón oreados por la brisa, ó los rebaños pastando en las verdes praderas, siempre vemos en él al ferviente adorador de la vida rústica, tan ferviente que sistemáticamente huye de disfrazarla con inoportunas galas y nos la presenta tal como es, en toda su sencillez y sobriedad, dando á figuras y paisajes su valor verdadero, reproduciendo los colores en toda su infinita gama y sobre todo imprimiendo en sus obras el espíritu, la fisonomía propios de esta región. Este artista busca el efecto de la impresión real en el sentimiento intenso que en nuestro ánimo despiertan las bellezas naturales, no en la complicación de las composiciones ni en la resolución de problemas técnicos; dígame, si no, *La pastorcita*, ese bellísimo dibujo tan simple y á la vez tan poético, en que vemos retratada la simpática personalidad de Pinós.

D. Francisco de Quevedo, estatua de Agustín Querol.—Es verdaderamente asombrosa la laboriosidad de nuestro querido y distinguido colaborador, el afamado escultor tortosino. Cuantos siguen con alguna atención el movimiento artístico de nuestra patria, ven continuamente citado el nombre de Querol en concursos y exposiciones, y saben que su inteligencia y su brazo no se dan punto de reposo, pasando del busto retrato al clásico relieve, de la elegante estatuilla al grandioso monumento, dando la última mano á una obra y casi al mismo tiempo modelando el boceto de una futura composición. Esta productividad, perdónenos la palabra, es tanto más sorprendente cuanto que Querol no sólo produce mucho, sino que produce bien, siendo pocos los artistas que puedan igualarse á él, no ya por el número de sus trabajos, por el de obras que merecen el calificativo de maestras y que tantos y tan legítimos triunfos le han proporcionado en su brillantísima carrera. La estatua de Quevedo que en la página 476 reproducimos, es una de las últimas producciones que de su taller han salido y es digna de contarse entre las mejores por él modeladas, pues en ella se admiran, así la perfección técnica, como el talento con que el artista ha sabido hacer revivir la figura del gran satírico español.

La noche, cuadro de Eugenio Burnand.—Del autor de este cuadro nos ocupamos extensamente en el número 1.065 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y por consiguiente sería ocioso repetir ahora los conceptos que entonces emitimos acerca del famoso pintor suizo. El lienzo que hoy publicamos es una composición en extremo sugestiva: este

hombre de lengua barba, envuelto en negro manto que, seguido de dos zorros, avanza por un paisaje por donde comienzan á extenderse las sombras del crepúsculo, es una originalísima personificación de la noche; al mirarla, comprendemos que se acercan esas horas tristes en que la naturaleza se entrega al

han de estimarse como un fervoroso canto á esa tierra romana tan preñada de recuerdos y de dulces encantos. El lienzo á que nos referimos es otra nota felicísima que ha brotado de la fecunda paleta de Enrique Serra, adquirida recientemente por el inteligente director del Museo de Baden-Baden José T. Schall.

Sansón en el molino, cuadro de P. Vasarri.

— Los episodios de la vida del juez de Israel han servido de tema á muchos artistas para sus composiciones. Vasarri ha tomado como asunto del suyo la cautividad de Sansón entre los filisteos después que Dalila, cortándole la cabellera, despojóle de sus fuerzas extraordinarias y lo entregó indefenso á sus implacables enemigos: éstos le arrancaron los ojos y lo emplearon para mover la piedra de un molino. En el cuadro que nos ocupa vemos á Sansón rendido, encadenado, y á sus guardianes haciendo burla del que con sus hazañas tantos daños les había causado; todas las figuras de este lienzo están perfectamente estudiadas: las irónicas sonrisas de los unos, los atrevimientos de los otros, que acosan al desdichado que ya no puede valerse, la actitud de abatimiento de éste, dan cabal idea, así del episodio reproducido, como de los sentimientos que animan á cada uno de los personajes que en él intervienen.

El puente más alto del mundo: los viaductos antiguo y moderno del ferrocarril en la garganta de Albula.

— La Engadina, esa pintoresca región suiza de los Alpes Réticos, ha sido abierta al ferrocarril merced á la terminación del túnel de Albula que atraviesa el glaciar. Entre las grandes obras de esa línea merece especial mención el puente tendido sobre la garganta de aquel nombre y encima del viaducto que se construyó en 1868 y que se consideraba como el más alto de Europa; el puente nuevo está situado á mucha mayor altura todavía, según puede verse en el grabado que publicamos en la última página de este número, y constituye un brillante triunfo de la ingeniería moderna: ha sido proyectado por el ingeniero suizo Ricardo Coray.

reposo y la tierra se cubre de tinieblas, esas horas de misterio en que el ánimo más sereno se siente sobrecogido, en que las fieras más repulsivas abandonan sus cubiles en busca de su presa y en que el malvado pone en práctica sus planes más siniestros.

El mirador de Cadaqués, cuadro de Eliseo Meifrén.—Una nueva joya de las que logró reunir Eliseo Meifrén y constituyeron la exposición por aquel artista organizada en los salones del Círculo Artístico de nuestra ciudad damos á conocer á nuestros lectores. Al ocuparnos, ha poco tiempo, de aquella gallarda exhibición, expusimos el lisonjero juicio que nos merecieron y la grata impresión que nos produjo, uniendo nuestros plácemes á los que le tributó la crítica. Hoy, pues, no nos cabe más que llamar la atención de nuestros lectores acerca de la hermosa obra cuya copia figura en este número, trasunto fidelísimo del natural, excelente estudio que significa un título más en la ejecutoria de tan distinguido artista, á quien, por medio de estos renglones, ofrecemos el testimonio de nuestra simpatía y consideración.

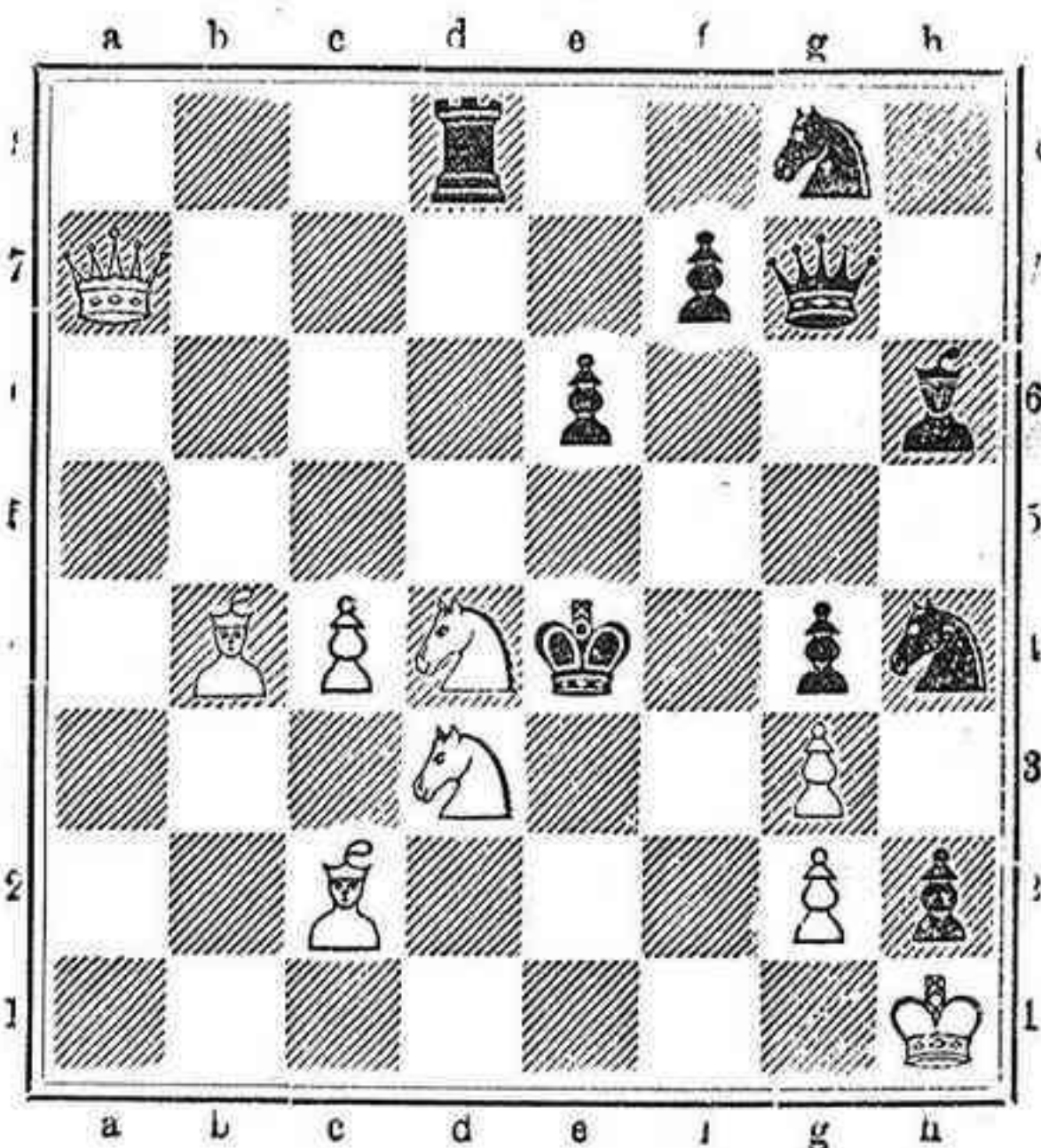
Monumento á Goethe, en Viena, obra de Edmund Hellmer.—Innumerables son los monumentos que en honor de Goethe se han erigido, no sólo en su patria, sino que también fuera de ella. En la capital de Austria álzase el que reproducimos en el presente número y que llama la atención bajo todos conceptos: en él, la figura del ilustre autor de *Fausto* está sentada en amplio sillón que se alza sobre un sencillo pedestal: la grave expresión de su rostro y su reposada actitud reflejan por modo admirable el carácter del filósofo-poeta, que parece abstraído en esas meditaciones precursoras de sus poemas inmortales; su mirada perdida en el vacío es la mirada del genio; su frente amplia es la frente del pensador en cuyo cerebro se engendran las más trascendentales ideas. La estatua tiene vida, y el escultor, como si quisiera que sólo en ella se concentrara la atención, ha prescindido de cuantos accesorios pudieran distraerla, y en su zócalo, de sobrias líneas, no ha puesto sino un nombre, más elocuente por sí solo que las más encomiásticas inscripciones, el nombre de Goethe.

En los montes del Lacio, cuadro de Enrique Serra.—Bella, agradable y sentida es la producción que damos á conocer en estas páginas, obra del distinguido artista Enrique Serra, quien establecido en extranjero suelo, da continuas muestras de su valía y laboriosidad, contribuyendo con su esfuerzo é inteligencia á enaltecer el arte patrio. Quien conozca á nuestro estimado amigo y haya tenido ocasión de admirar sus obras, no escaseará sus aplausos, ya que á ellos tiene derecho por su maestría é inteligencia. La belleza es la característica de sus producciones, avalorada por un sentimiento siempre intenso y delicado, puesto que sus hermosos paisajes

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 288, POR M. FEIGL.

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N. 287, POR KOHTZ Y KOCKELKORN.

- | | |
|-----------------|---------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Aa1—e5 | 1. Af3—h1 |
| 2. Ae5 toma Pg5 | 2. Cualquiera |
| 3. Ag3—d6 | 3. Id. |
| 4. Ad6—f8 | 4. Id. |
| 5. Af8—g7 mate. | |

NOTA.—A primera vista podrá parecer que el problema se resuelve en cuatro jugadas, siendo la 1.^a Aa1—b2, ó c3, ó d4, para alcanzar en la 2.^a la casilla f8 y dar luego mate en la 4.^a jugando Af8—g7. Pero las negras frustran este plan del modo siguiente: sea, por ejemplo, la 1.^a jugada Aa1—b2; la solución sigue así: 1.... Af3—h1; 2. Ab2—a3, g3—g2; 3. Aa3—f8, las negras no tienen jugada; la posición es de tablas, y por lo tanto las blancas no pueden continuar.

EL FILÓN

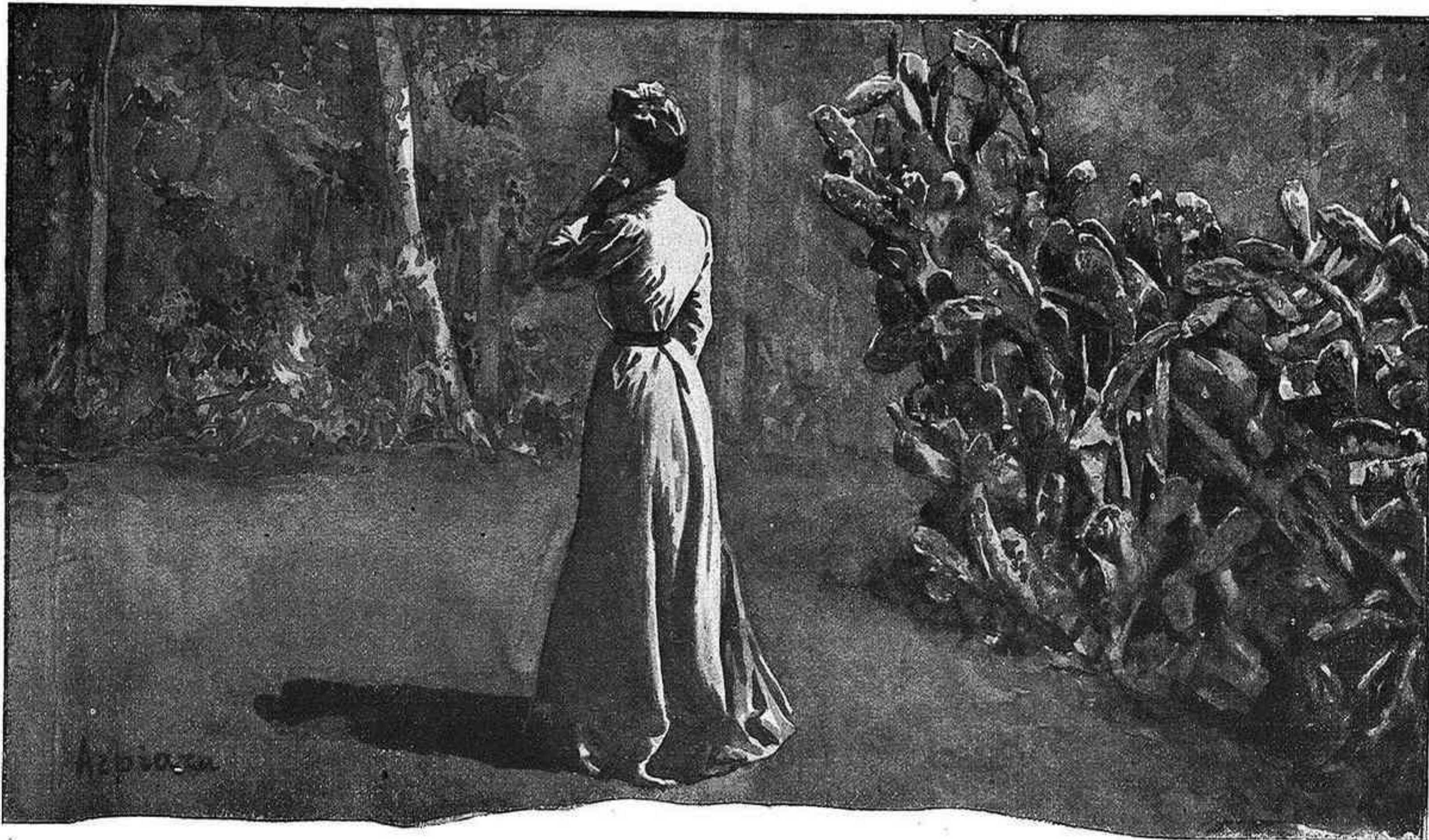
NOVELA ORIGINAL DE M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.—ILUSTRACIONES DE S. AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

— ¡Es verdad, no le conozco!, repuso él pasando de su cólera á un sentimiento amargo que conmovió á la joven. ¡Un pobre viejecillo que pasó la vida acarreado mezcla, no va á conocer ni á tratar á esos señorones de la sangre y del saber!
 — No se enoje usted, tío Claudio.
 Y Matilde le sonreía para calmarle.
 — ¿Yo? ¿Enojarme yo? ¡Si es una verdad!
 Diciendo esto el tío Claudio, compungidamente, pensaba:

¿Qué será que sólo las acciones honradas presentan inconvenientes en su desarrollo? No, el plan inicuo seguía desarrollándose en la sombra con suavidad siniestra. ¡Apareció Troncho!
 ¡Y qué Troncho, cielo piadosísimo! Era un Troncho de pantalón ancho hasta lo inconcebible, que le llegaba, no obstante su capacidad, á los tobillos solamente; de botas negras, de becerro, con muchos respuntes y corchetes negros también, que iban con el roce poniéndose dorados; botas sin rival, las mis-

abiertos también, los ojos salientes, el sombrero hacia atrás, el chaquet flotándole con pérfida coquetería, la corbata echando fuego, y relamiéndose, en fin, con la descomunal lengüeta de buey, diciendo muy bajito:
 — ¡Jesuu..., qué jembra!
 Aproximóse de pronto á Matilde, y dándole un empujón con el codo, abrió á la vez la esclusa de su risa y salió ésta despeñándose y atronando los espacios.



... y la muñequita feudal se alejaba por el camino enarenado

«¿Pero cómo le daría yo una lección que no la olvidase nunca?»

Se acordó entonces de Frasquito, de lo que habló con él. ¡Ah, y lo había olvidado! Con más motivo que antes, resolvió llevar á término lo que se propuso. Pensó que Agustín y Frasquito estarían esperando la señal suya... y á la vez que contestaba á Matilde, sacó el pañuelo indiferentemente.

— ¡Tío Claudio! ¡Tío Claudio!, gritó Agustín al punto.

— ¡Ay!, exclamó el viejo al oírse llamar, con esta conversación tan tirada y con las historias de usted, no le dije que mi hijo había venido...

— ¡Cómo!, y Matilde le miró sorprendida, ¿vino ya?

— Llegó cuando usted se retiraba de la tapia..., casi al mismo tiempo. No almorzó siquiera; le hice acostar, porque venía muy cansado. Se levantó y quizás me busca.

— ¡Ah! ¡Me voy entonces, me voy! Pero ¿por qué no me lo advirtió usted, tío Claudio?

— De ningún modo; no se vaya usted... Volveré al momento... Le hablé de usted... Dice que la conoce... Quizás anda por ahí y no se atreva á presentarse. ¡Es tan tímido! Vuelvo, vuelvo.

Y se alejó... Se alejó pensando:
 «¡Anda, muñequita feudal, anda, que yo te daré humos!»

X

Se alejaba el tío Claudio, y Matilde decía viéndose ir:

«¡Pobre viejo! La verdad es que le tomé cariño sin saber cómo.»

Y cumpliéndose una ley de la vida, la más humana de todas las leyes — la de la ingratitud, — el tío Claudio cometía mientras con la pobre muñequita feudal una horrible traición. ¡Ah, monstruo, si Matilde lo hubiese sabido!

¡Y que no hubo obstáculos de ninguna clase!

mas que Troncho usaba los días de fiesta, que habían parecido á Agustín las mejores; chaquet de moda atrasadísima, corto de faldón, corto y estrecho de mangas, de bordes ribeteados con cintas; chaleco de piqué amarillo, largo, tan largo como la cola de la otra prenda era corta, teniéndose que allá se iban las dos prendas históricas en majestad; corbata roja, que parecía un incendio, sobre la pechera blanca de la camisa, debajo de aquella enorme carota, negruzca, y sombrero que no se pudo descubrir jamás cómo había llegado á la huerta del Limón. Las grandes manoplas de Troncho, saliendo de aquellas mangas — cómo pudieron entrar es otro problema, — parecían más grandes aún. Agustín, poseyéndose de su papel de ayuda de cámara, adobó muy singularmente la carota estúpida y grandaza de labios gordos y dientes enormes, blanquíssimos, de tal modo, que hacía la cara *pendant* muy notable con la ropa y con el tipo de aquel bruto perfecto.

¡Allí estaba! ¿Habéis pensado bien en lo que parecería esta figura al lado de la de Matilde?

Ella no le vió; al volverse para seguir con la vista al viejo, había dado la espalda á Troncho. Entró él cautelosamente; y con grandes esfuerzos para no lanzar su espantosa risotada, pensó, relamiéndose:

«¡Ahora..., ahora es la mía!»

Tengo que contar la escena que siguió; no hay más remedio; algo daría por poder seguir la dulce costumbre de los noveladores de á cuartillo de real cuando afirman muy serios, en los trances dificultosos, que no hay pluma para describirlos...

Decir Troncho «¡Ahora es la mía!» y avanzar hacia Matilde, todo fué uno; pero verla un poco de perfil solamente — no la había visto hasta entonces — y quedarse parado como un bruto, más bruto aún que ya lo era antes, todo fué uno también. Había que verle, altos los hombros, la cabeza hundida entre ellos, los labios contraídos apretadamente por la admiración y saliendo hacia fuera de un modo horrible, los brazos como dos listones rectísimos pegados al cuerpo, las manos abiertas, los dedos tiesos,

Matilde, asustada, se retiró vivamente. Miró entonces al que se había permitido tan descortés acción, y contuvo con gran trabajo un grito de miedo á la vista de aquel monstruo. Pudo dominarse y el miedo fué dejando paso á la admiración.

— Señor mío, ¿pero usted quién es?, preguntó con poca seguridad.

Y le miraba de arriba abajo, una vez y otra, sin acabar de comprender que aquello era un hombre.

— ¿Qué quién soy?, contestó Troncho placenteramente, dejando ver con la sonrisa su dentadura de perro de presa. ¿Pero *osté* no me lo conoce en la cara?

— No..., no tengo el gusto.

Y la pobre Matilde no sabía ya qué hacerse.

— ¡Andosté ya!.. ¡Paese mentira que me *digasté* esas cosas!

Fué á dar otro cariñoso empujón á Matilde, pero ella pudo evitarlo retirándose prontamente.

— Pero ¿de *vera* que no *sabosté* quién yo soy?

— Ya le dije que no, señor mío.

Troncho disparó la ametralladora de su risa, y exclamó entrecortadamente, entre el convulso reír:

— ¡Pos yo!.. ¡Pos yo, soy yo!

— Enhorabuena; quedo enterada.

— Yo..., yo soy... ¡Pos soy el hijo!

— ¡Ah!, exclamó Matilde de repente; usted es el que ha venido. ¡El hijo!..

El estupor impedíale hablar, como á Troncho se lo impedía la risa.

Matilde, entonces, no pudo resistir: fué una tentación tan loca de reír á su vez la que le acometió, que hubiera estallado si se contiene. Reía hasta llorar... Lloraba de risa, realmente. No había razón ni poder que la contuviera; iba á concluir y empezaba de nuevo con más brío. A Troncho no le pareció mal esto, y reía doblemente de ver la risa de Matilde. Reía, reía como un demonio, retorciéndose descoyuntándose, con las manos en las rodillas unas veces y en el vientre otras; y á su risa hueca, tonante, cavernosa, acompañada del resoplido de buey,

uníase siempre, constante, como dulce compañera, aquella otra risa de Matilde, sonora, de timbre delicioso.

Se sentó ella rendida, pero siguió riendo aún. *Troncho*, calmándose un poco, y viéndola reír con tanto ardor, díjose aparte:

— ¡Cómo se ríe! ¡Me *paese* que estoy dando golpe!

«¡Pobre tío Claudio!, pensaba Matilde calmándose también al fin. ¡Tan orgulloso de su hijol. Pero ¿es posible que el amor paternal ciegue de esa manera? No, añadió mirando á *Troncho* más atentamente. ¡Si es que pasa de la raya!»

«¿Qué estará mirándome?», pensó *Troncho* mirándose también de arriba abajo, como Matilde lo hacía.

Ella le miraba entonces con un sentimiento de piedad, no por él precisamente, sino por el tío Claudio, persona á quien profesaba afecto. No, en adelante no le daría más bromas con su hijo; era necesario respetar las desdichas ajenas... Porque realmente, un hijo como aquel, ¿no era una desdicha?

Y entretanto, viéndose objeto de una atención tan profunda, *Troncho*, relamiéndose el hocico, pensaba ufanamente:

«¡Pero cómo me miras! ¡Si siempre me pasa lo propio en cuanto le echo el ojo á una!»

— ¿Conque ha venido usted ya?, exclamó la marquesita afablemente.

— Sí..., sí que vine.

— Perdón, señor... ¿Tuviera usted la bondad de decirme su gracia? Se me olvidó preguntárselo á su señor padre.

— ¿Qué gracia?

— Su nombre, quise decir.

— ¿Mi nombre? *Pos* yo me *yamo*..., me *yamo*... *Pos Troncho*.

— ¿*Troncho*? ¡Avemaría purísima!

Matilde no quería reírse más. Pero *Troncho* no era de la misma opinión y soltó por cuarta vez su andanada. Le preguntó Matilde:

— ¿Y de dónde viene usted ahora? ¿De Madrid?

— ¡Ca..., no *ceñoral*!, respondió *Troncho* sujetando la risa con el *jipío* para poder hablar. Vine... *pos* de Cabra... Es *decí*..., añadió.

Quería decir del extranjero, como le indicó el tío Claudio, pero no acordándose de aquella palabra, quedó pensativo, con un dedo en la boca, sin ocuparse de Matilde.

«¿Pero de dónde..., de dónde me dijo que dijera?»

— ¿Y qué hacía usted en Cabra?

«Hombre, pensó *Troncho* un poquito amostazado; ¡que *to* el mundo ha de *queré* enterarse de lo que yo hacía en Cabra!»

— Recuerdo que en Cabra hay un buen instituto. Estudiaba usted, ¿es verdad?

— ¿Yo? No, *ceñora*; yo no hacía eso; yo... *pos* sembraba nabos... Y coles... Y *to* lo que caía... Y tiraba de la noria.

Matilde no pudo contenerse y exclamó muy afable:

— Pues siga usted tirando, señor mío... ¡Qué hombre tan original!, añadió disponiéndose á salir. En mi vida vi otra cosa.

Hizo una inclinación pronunciadísima, como si se hallase en un besamano... y *Troncho* quedó mirándola suspenso.

Salía ya Matilde, é interponiéndose él, de repente, exclamó confundido:

— Pero ¿se *vasté* á *di*?

— A no ser que usted me detenga, contestó Matilde con una graciosa sonrisa; pero le creo á usted bastante amable para no hacerlo... Ya tendrá usted la bondad de despedirme de su señor padre.

Dió un paso; pero *Troncho*, sin entender *aquel galimatías*, cerrándole el paso, dijo consternadamente:

— Pero ¿se *vasté* á *di* de *verdá* ahora que iba yo á *decile* *asté* una cosa tan *güena*?

— ¿Que va usted á decirme una cosa buena?, repitió ella sorprendida.

— ¿A que se la digo *asté*?

Soltó su gran risa, y riéndose, añadió, meciendo los brazos cadenciosamente:

— ¡Que se lo digo *asté*! ¡A la una!.. ¡A las *dó*!

«¡Pero qué hombre!, pensaba Matilde hecha un mar de conjeturas. ¿Y de qué me conocería á mí *estol*?»

— ¿Pero no *ma entendió* *osté* *toavía*!, preguntó *Troncho* de repente llevándose las manos al corazón y mirándola con horrosos visajes.

«¡Dios mío!., ¿estará loco?, decía Matilde. ¡Y no me deja salir!.. ¡Y el tío Claudio que no viene!»

Troncho había entrado en situación, y caminaba muy á gusto en su machito. Quería hablar, pero se ruborizaba como si fuese de veras.

— *Mirosté*, lo que es yo...

Tomó resuello, acordándose de pronto de la propina que le ofreció el tío Claudio, y se lanzó con esta declaración, á quemarropa, de carretilla, en tonillo de ciego de romance:

— En fin, *po ayá* voy: *dende* que la vi *asté*, siento una cosa que me *jase* *cosquiya* y que me trae medio muerto. ¿*Osté* *quié* *casase* conmigo? Yo voy con *güen* fin.

— ¡Insolente!, gritó Matilde encendida de cólera. ¡Déjeme usted pasar!

— ¡Ay, *co nestal*!, dijo *Troncho* muy picado. ¿Es que no *ma salió* bien? *Po* lo *jaré* é nuevo.

— ¡Quite usted de mi vista!

— ¡*Andosté*, *so escastá*!

Iba á empujarla galantemente al decir esto, pero ella se retiró de un salto como si fuera á tocarla un bicho inmundado.

— ¡Esto es bochornoso!, y gritó con lágrimas de rabia: ¡Tío Claudio! ¡Tío Claudio!

Seguía *Troncho*, con sus amantes y fieles protestas, sin dejarla salir. Quizá el desdichado se excediera un poco, porque Matilde gritó de nuevo angustiosamente:

— ¡Tío Claudio! ¡Tío Claudio!

El viejo pérfido presenciaba la escena escondido detrás de unos ramajes. Hizo apurar á Matilde la copa todo cuanto pudo. Pero creyendo, con razón, que era peligroso dejar al admirable Frascito en su papel de Adonis, acudió apresuradamente á los últimos gritos de Matilde.

— ¿Qué es eso?, preguntó pacíficamente.

Hizo como que veía á *Troncho* y añadió muy satisfecho:

— ¡Hola..., conque estabas aquí! ¡Hombre, apenas si te hemos buscado!

Matilde exclamó entonces, hermosísima de soberbia:

— ¡Tío Claudio, tiene usted un hijo que le honra extraordinariamente! Con razón está usted orgulloso.

— ¡Ha visto usted!, contestó el viejo muy ufano fingiendo no comprender el tono en que ella le hablaba.

— ¡Páselo usted bien!, gritó Matilde, y dé usted á su señor hijo lecciones de urbanidad, alternadas con sus graves estudios... alrededor de la noria.

Fué tremenda la ironía con que pronunció estas palabras; las pronunció gozando anticipadamente del efecto que iban á producir; pero se confundió, se exasperó doblemente cuando oyó decir al viejo, con honda satisfacción, muy conmovido:

— Gracias, señora marquesa; continuaré amaestrándole para que pueda seguir alternando con personas tan ilustradas como usted.

Era atroz aquel hombre. ¿Pero estaba loco ó había entontecido también de la felicidad de tener á su lado al portento de su hijo después de tan larga ausencia?

El viejo añadía con un tono que pareció por primera vez á Matilde de una ironía espantosa:

— ¿Ha visto usted? ¡Qué gallardo! ¡Qué noble! ¡Oh..., es el consuelo y la gloria de mi vejez! ¡Y qué lenguaje tan expresivo!

— ¡Muy expresivo!, contestó Matilde airadamente. ¡Expresivo sobre todo!

Pensaba, roja de indignación, en los achuchones de *Troncho*.

— ¡Ha visto usted!

Y el tío Claudio, al repetir aquella frase, estaba á punto de llorar de dicha.

— Pero tío Claudio, gritó ella loca de coraje, ¿hasta cuando va á durar esta burla? Su hijo de usted es un animal feroz. ¡Ea!

— Vamos, repuso el viejo calmadamente con su risita fisgona. ¡Quién sabe las vueltas que puede dar el mundo!

Matilde avanzó hasta él, sin saber lo que hacía.

— Pero ¿está usted en su juicio, tío Claudio?, exclamó desesperada.

Y el viejo contestó con una flema que estuvo á punto de volver loca verdaderamente á la muñequita feudal:

— ¡Quién sabe si no se casará usted todavía con mi pri...mo...gé...ni...to!

— Pero ¿lo dice usted de verdad, tío Claudio?

Matilde comprendió al fin que era una locura sostener aquella conversación en serio. Las últimas palabras del viejecito habían disipado su cólera; fué un viento fuerte que barrió todas las nubes; nunca, ni en los momentos más terribles de cólera, le había parecido el viejo tan gracioso. Pero el viejo contestó á su pregunta con un estoicismo admirable:

— ¿A que se casa usted con mi hijo?

Estas locas palabras fueron así como otro gran barrido de nubes que el tío Claudio le dió al cielo

entoldado del buen humor constante de la muñequita feudal. Al fin apareció el sol; al fin brotó la risa, iluminándolo todo.

— ¿Pero va usted á casar á su hijo con una aristócrata? ¿Va usted á rebajarse y á rebajar á su hijo hasta ese extremo?

— ¿A que se casa usted con él, y á que me suplica usted antes que lo consienta?

— ¡Ay, Dios mío!.. ¡Tío Claudio..., pero usted nunca me ha hecho reír como esta tarde!

Efectivamente: ¡quién le hubiera dicho á Matilde hacía un momento, que iba á reír tanto aún y que tendría fuerzas, después de lo que la hizo reír el sin par *Troncho*! Pero el tío Claudio prosiguió como un augur singularísimo:

— Y aunque usted me lo suplicará, ¡estoy seguro!, ¿á qué no daré mi permiso, mientras usted no ofrezca solemnemente renunciar á todas esas antiguallas de la sangre?... ¿Mientras su espíritu no se liberalice?..

— ¡Pecado!, exclamó la muñequita santiguándose con rapidez asombrosa.

— Mientras no pronuncie usted conmigo, pero despacio, muy despacio, para que yo las entienda bien, estas hermosas palabras: «¡Vi...va la li...ber...tad!»

— ¡Pecado! ¡Pecado! ¡Pecado!

Y santiguóse Matilde otra vez, velozmente.

— Lo veremos, muñequita feudal.

Y la voz de la muñequita feudal sonó armoniosa y dulce, pero con un feroz dejillo burlesco:

— ¿Y tardará mucho la boda, tío Claudio?

— ¡Quién sabe! ¡Quizás sea muy pronto!

— ¡Vaya..., pues lo veremos! ¡Usted lo pase bien, viejecito mío!

Y como un refinamiento de crueldad puramente femenil, añadió al alejarse, poniendo el dedo en la más dolorosa de las llagas:

— ¡Y memorias á sus claveles!

— ¡También veremos eso!, gritó el tío Claudio encolerizándose de pronto.

Matilde reía y se alejaba.

— ¡Tío Claudio, buenas tardes!

— ¡Buenas tardes, querida... nuera!

Sonó á lo lejos la última risa; las notas alegres iban perdiéndose en los aires, y la muñequita feudal se alejaba por el camino enarenado, destacándose su silueta gentil entre los verdes bojcs, como con líneas vigorosas de luz. Allí iba... Allí iba... y se perdió al fin... Se perdió como una raya de oro fundida de repente en el sol que caldeaba los campos.

XI

Fué una tarde de mayo, ardiente — ya lo dije, — como la más ardiente de la canícula; el viejo, sin arredrarse por el calor, iba de acá para allá, muy feliz por la lección que había empezado á dar á la muñequita, y más feliz aún por lo que reataba. Pero toda su satisfacción por ese motivo, no era suficiente para calmar la inquietud nerviosa que le produjo el recuerdo de los claveles, evocado por la odiosa personita. ¿Era, en resumen, que las hostilidades se habían roto otra vez?

Se sabe positivamente que apenas perdió á Matilde de vista, llamó á Frascito, el mozo de cuadra, y que Frascito, con cierta confianza presuntuosa, preguntó á su amo, cuando estuvo en su presencia:

— ¿Me porté bien, mi amo?

A lo que el viejo contestó iracundo:

— Si no te quitas de mi vista, te rompo la cabeza.

— ¿*Pos* que *queriasté*?, repuso Frascito con gran decoro, porque la ofensa le llegó al alma. ¿Que *apretara* de *verdá*? ¡*Po*... por qué no lo *dijosté*!

— ¡Silencio!

— *Güeno*, me *cayo*.

— ¡Silencio he dicho!

— ¡Pero si yo no digo *na*!

— Hombre... ¿No te digo que calles?

— ¡Pero *po* la *Vigen* santísima, mi amo, si yo no digo una *parabala*!

— Vamos, pensó al fin el viejo resignadamente. Cederé yo, porque de otro modo no se acabará nunca.

Y dijo á *Troncho* con cierto tonillo de misterio:

— Te acordarías de mi otro encargo, ¿es verdad?

— ¿*Pos* no había de *acordame*?, contestó *Troncho* ufanamente; puse *laz trampa*, pero *mu* requetebién, sin que me viera ningún *nasío*: están con *muncho isimulo*, mi amo; *naide* *jurgará* en los *clavele*, sin que caiga en *arguna*.

— *Troncho*..., ¿puedo fiarme?

— ¡*Vengasté*!, ¡*vengasté*!

Seguía el tío Claudio á *Troncho* hasta el macizo de los claveles y le enseñó las trampas; eran como á especie de cepos, con unos resortes á propósito,

que al más leve contacto cerrábanse cogiendo apretadamente aquello que lo había movido, máquinas muy primitivas que, dicho sea sin ofender, cogen bonitamente y del mismo modo a un animal que a una persona. Había buen número de las infernales máquinas alrededor del macizo. Era lo que decía *Troncho*:

— *Mirosté con qué cuidao están á to el reor; y como encima es de noche cuando el ladrón viene... pos no se ve. Si esta noche viniera, cae, mi amo, yo le digo asté que cae.*

El tío Claudio quedó satisfecho; encargó mucha reserva á *Troncho*, que se la ofreció cumplida. Entretuvo esto al buen señor algo, pero le abrasaba el deseo de que llegase la noche. Desde que recibió la carta de su hijo anunciándole su próxima presencia en el *Limón*, no podía resistir á nadie, ni resistirse él mismo; sus polémicas con la muñequita feudal distraíanle un poco de aquella tensión nerviosa, pero se necesitaban emociones muy fuertes para absorber un poco aquellas energías. Era un viejo de complejión poderosa.

Declinó al fin la tarde. El sol iba á su ocaso; allá, en el cielo, como rozando con la cúspide de breñoso monte, parecía una gran bola de oro detenida en la coronación por milagro y próxima á rodar la vertiente para incendiar la sierra; frescas brisas empezaron á orear las flores, estremeciéndolas de placer al soplo vivificante; oíanse en el fondo de las cañadas las esquilas de los rebaños ó los cantares de algún pastor; allá en la altura resonaba también, de vez en cuando, una caracola; las golondrinas volaban á cobijarse en sus nidos, y el soplo fresco, embalsamado con los perfumes campestres, parecía traer hasta el *Limón* y *Marrubiales* ecos vagos de campanas de otras regiones misteriosas.

De pronto, pareció que algunos de aquellos sonos vagos de campanas se fundían con otros más agudos y argentinos, viniendo en el aire sus alegres notas; creció aquel ruidillo mágico, creció más; el oído sutil del viejo apreció ya las notas alegres, como sonos de campanillos muy lejanos; aquellos campanillos serían seguramente de los collares de unas mulas; aquellas mulas tirarían con seguridad de un coche; en aquel coche vendría tal vez... El tío Claudio sintió una cosa fría en la sangre... Quedó inmóvil, sin voz, sin aliento... «¿Y por qué no había de ser?» Sus labios temblaban ligeramente cuando se hizo esta reflexión. El rumor de los campanillos aumentaba. ¡Qué repiqueo, Dios grande! Pero ¡qué prisa llevaban las mulas... ó lo que fueran! Se oyeron ya las herraduras con el sonar de los campanillos; se oyó también el rodar de un coche... Pero ¿sería posible? Señor, ¿es cierto que hay dichas que hacen sufrir, como los dolores más hondos? ¿Era, pues, la hora de sufrir aquella dicha?... Y el tío Claudio no se movió, no pudo; sus músculos habíanse aflojado; quizás por primera vez en su vida, se apoyó aquella tarde en la muleta que siempre le sirvió de adorno... Un sudor helado bañaba sus sienes. «¿Y si no era?... ¡No, no era!» Y de pronto, sin que el coche se hubiese detenido aún, pero escuchándose muy cerca herraduras, campanillos, rodaje y restallar de látigo — de pronto, dije, — una voz nerviosa, la voz de Agustín, que gritaba:

— ¡Ayl... ¡Tío Claudio! ¡Tío Claudio!

Y el tío Claudio creyó sentir una fuerte mano en el cuello, apretándose para que no hablara. Y la voz de Agustín repetía desenfajadamente:

— ¡Que es verdad! ¡Que es verdad!

¿Dónde? ¿En qué lugar de la finca resonaba aquella voz? Quería ponerse entonces el tío Claudio á dilucidar aquello... Pero no fué posible; su pensamiento no le obedecía, se le desmandaba. Permaneció inmóvil aún, sin hablar, sin respirar... El coche se detuvo; se oyeron voces conmovidas de los sirvientes; después, pasos rápidos y otra voz, otra voz vigorosa, de hombre en la plenitud de la vida; otra voz que pareció resucitar al viejo, como la de Jesús resucitado á Lázaro:

— ¡Padre! ¿Dónde estás, padre?

— ¡Aquí, hijo, aquí!, respondió el tío Claudio apagadamente.

Lanzóse hacia él Alfonso con los brazos tendidos, extendió los suyos el padre, y apoyándose sobre el robusto pecho la venerable cabeza blanca, permanecieron inmóviles, abrazados, sin hablar unos segundos. Agustín, algo apartado, se enjugaba las lágrimas; la servidumbre detrás de él, permanecía silenciosa. La luna inundaba la sierra con pálida caricia.

Después de una solemne pausa, separó el tío Claudio la frente del pecho de Alfonso y exclamó con grave acento:

— Bien venido á este hogar que santificó una madre y una esposa buena, que hoy lo ennoblece el hijo... Un sabio y un hombre de bien.

— ¿Y tú, padre?, contestó Alfonso ardientemente. Sin ti, ¿qué sería de este hogar... y de este hijo? Sin

dre, hubiera sido una gota de agua en el mar inmenso.

— ¿Y no me tenía á mí?

— Hubiera sido una gota más, padre... Y desde el primer momento, me había jurado no turbar tu reposo en esta gran lucha que iba á sostener. Era preciso, primeramente, adquirir aquellas inmensas planicies; después, máquinas de todas clases, con todas las perfecciones; mantener, por último, Dios sabía cuánto tiempo, á infinidad de familias obreras, un mes, un año... ¿Quién lo hubiera podido decir? Hasta que el filón se hallase; hasta que la tierra pródiga compensara con su producto el trabajo ímprobo, las infinitas penalidades y zozobras de quien tuviera valor para arrostrarlo todo. Era necesario, en fin, la reunión de muchos capitales para emprender la gran obra.

— ¡Hijo mío! Hiciste bien en no contarme nada; hubiera muerto de inquietud pensando en ti.

Y al pobre tío Claudio parecía un sueño, un dulce y hermoso sueño, que todo hubiese pasado ya, y que su hijo estuviera allí, en el *Limón*, rodeado de flores, como en sus cartas decía.

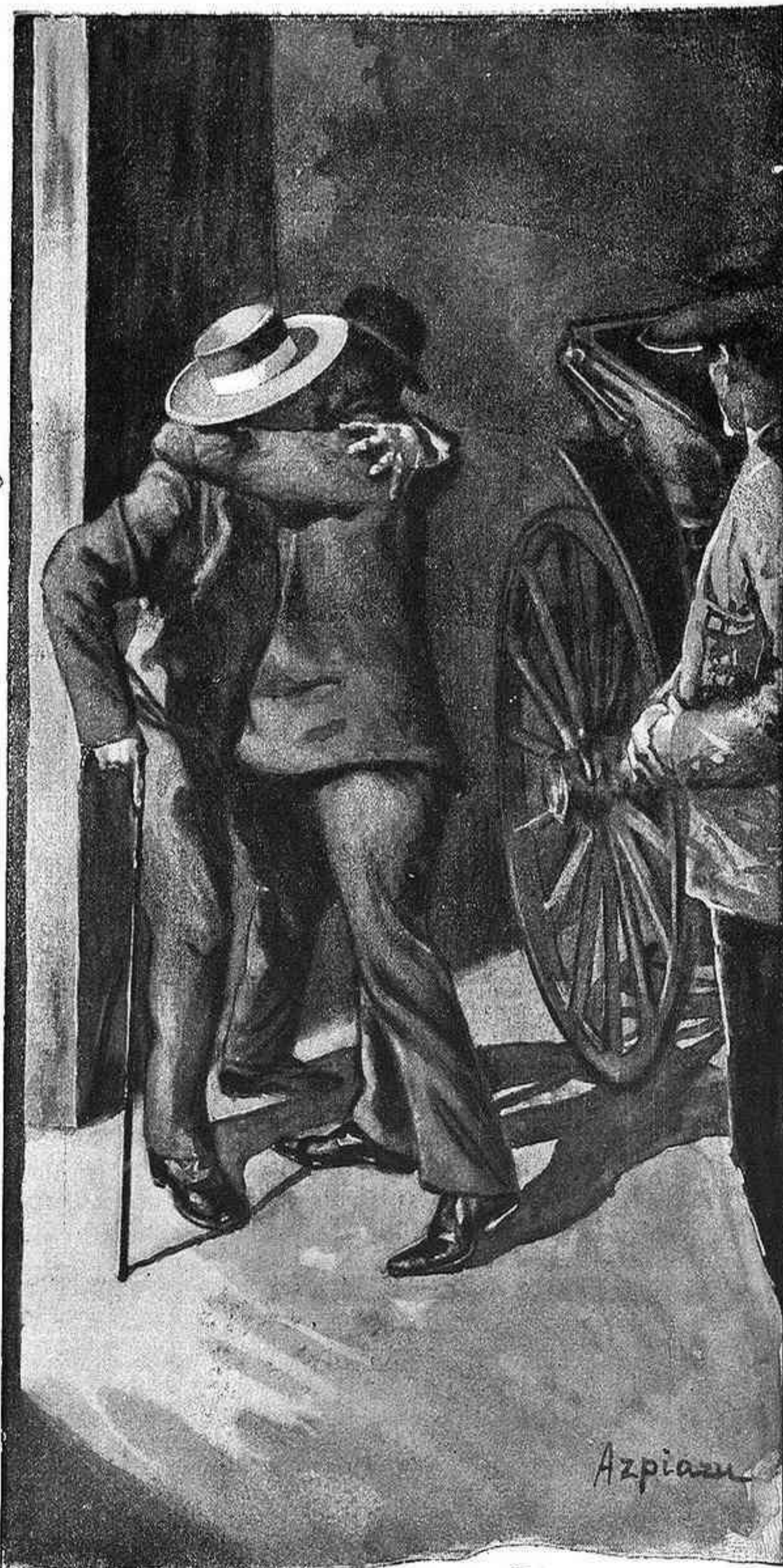
— Sin embargo, había añadido Alfonso, cuyo acento vibraba nerviosamente al recordar aquellas horas de enconadas luchas, no fué eso lo más difícil; convencer á un hombre, á dos, á ciento, reunir todas esas voluntades; hacer sentir á estos hombres todo lo que yo sentía; hacerles confiar en todo lo que yo confiaba, ese trabajo no es de hombres, es de colosos, ahora lo sé, padre... Pero se consigue... Se consigue como Dios quiera; pisando zarzas... Dejándose en las zarzas el corazón, las energías... Pero se consigue. ¿Qué importa dejarlo todo, si las creencias, la fe, van siempre con uno?

— ¡Bien, hijo, bien!, exclamó el tío Claudio henchido el corazón de lágrimas.

— ¡Yo lo conseguí!, añadió Alfonso; pero cuando estuvo conseguido, empezó la segunda parte, la parte más gigantesca de la lucha; la lucha contra la envidia, contra la calumnia, contra la indiferencia, porque la indiferencia, padre, yo te lo digo, es el mayor, el más temible obstáculo de las aspiraciones nobles. ¡El filón!.. ¡El filón hacía falta!, añadió Alfonso, chispeantes las pupilas de poder y fiereza. El filón era mi único argumento, mi arma única para vencer... Yo la buscaba, y mientras tanto, el enemigo esgrimía todas las suyas. Mientras tanto, aquellas galerías inmensas, aquellos fosos profundos, eran abismos donde iban hundiéndose las fortunas de los seres que se habían confiado á mí. Yo pedía más... ¡Siempre más! Y más se me daba. Y todo y más se hundía en los abismos insondables. El enemigo, mientras, revolviase feroz sin tener enfrente á nadie que le contrarrestara. Y mi continuo grito «¡Más!.. ¡Más!» era como puñal que yo mismo hundiera en mi cuello al lado de los que contra mí combatían. Se inició con esto la duda, empezó la desconfianza, y á mi grito doloroso respondíame ya con la mofa y con el insulto... ¡Oh, padre! ¡Y yo estaba convencido! Allí, bajo mis pies, al alcance de mis manos, las entrañas de la tierra, estériles hasta entonces, iban á convertirse en raudal infinito de tesoros. ¡Y ya no tenía á nadie! ¡Con nadie contaba ya! ¡Solo! ¡Era el descrédito!.. ¡Era la muerte!.. ¡Algo peor que la muerte! La deshonra, padre, la deshonra, en la cual yo pensaba, loco de terror, atravesando, como una visión maldita, con la lámpara en una mano y la piqueta en otra, aquellas galerías solitarias, en lúgubre silencio... Aquellas galerías, donde antes resonaba imponente la voz del trabajo como la voz de Dios.

Habíase levantado y accionaba fieramente, como en la hora inmensa del combate; descubierta, erguida la cabeza, brillando en su frente poderosa y pálida y en sus ojos ardientes y avasalladores la inspiración y la verdad. Mirábase el viejo absorto, como sobrecoigido de tanta grandeza y hermosura... Y él proseguía:

— Y allí, en mi soledad, en el corazón de la tierra, corría frenético pensando en mi madre, pensando en ti, pensando en otra visión dulce que parecía deslizarse, silenciosa, delante de mis ojos... y pensando en todo esto, y en mi deshonra, y en mi muerte, veía girar en torno mío la felicidad, el amor, el trabajo, figuras simbólicas que nunca hasta entonces había yo entrevisto en mis sueños...



... permanecieron inmóviles, abrazados, sin hablar unos segundos

estas canas venerables que eran mi sostén y mi amor, ¿hubiese yo triunfado?

Y como había ofrecido en la famosa epístola, las besó religiosamente.

— Déjame ahora, Agustín, dijo el viejo en voz ahogada.

— ¡Bien venido!, exclamó Agustín queriendo besar las manos de Alfonso; pero él las retiró riéndose y le dió un abrazo.

El viejo decía impaciente:

— Ven, siéntate... Siéntate aquí... Quiero hablarte, quiero oírte.

Agustín se fué con los otros, y el tío Claudio, tirando con suavidad de su hijo, condujole á un banco — el mismo precisamente donde aquella tarde estuvo sentada la muñequita feudal. — Miró con orgullo aquel rostro noble, de rasgos acentuados, que se destacaban perfectamente á la luz de la luna. Alfonso decía:

— ¿Qué me quieres oír y qué he de decirte? Te lo conté todo en mi última carta. Lo que no te conté, te lo habrás figurado.

— ¡Y no habérmelo dicho!

El viejo habló en un tono de queja tan dulce, que conmovió.

— Porque tu tranquilidad era para mí antes que todo. Cuando yo, con los datos que me habían dado, visité detenidamente los terrenos, cuando hice mis experiencias y sostuve que estaba la riqueza allí, ¡entonces, entonces empezó mi calvario! Yo estaba convencido; yo tenía fe... Pero ¿cómo llevar la fe, la convicción al alma y al cerebro de los demás? Poner en práctica mis planes por mí solo, era imposible; mi fortuna personal, la que heredé de mi ma-

(Continuará.)

TRABAJOS SUBTERRÁNEOS

CONSTRUCCIÓN DE LA TABERNA DEL «MOULIN ROUGE»

Lo primero que debe hacerse en una construcción es extraer las tierras en cantidad suficiente para construir los cimientos. Por regla general se practica un

10.000 metros cúbicos, han sido extraídas pasando por debajo de la casa citada y casi sin interrumpir la explotación del salón de baile; éste, que tiene unos 1.200 metros cuadrados, únicamente se cerró durante algunas semanas. En este tiempo, se quitó el piso del salón y se practicaron de trecho en trecho 25 pozos, cuya profundidad varió entre siete y

alquiler, y al nivel de este primer piso, se construyó una estacada de madera sobre la acera y una parte del arroyo, de anchura suficiente para dejar paso á un chirrión (fig. 3). A lo largo de la galería y á medida que iban avanzando los trabajos, se instalaron dos vías férreas Decauville, por las que circulaban las vagonetas cargadas de tierra: éstas, al llegar á la estacada, pasaban por una plataforma (fig. 3) que podía contener dos de ellas, y desde allí eran elevadas por medio de una cabria, movida por un motor eléctrico de 20 caballos, á la altura del primer piso, en donde se las empujaba hasta ponerlas encima del chirrión. Esta disposición permitía maniobrar 300 vagonetas al día, lo que representa un total de 150 metros cúbicos de tierra. Después de terminada la galería, se atacó la masa situada debajo del salón de baile, entonces en plena explotación, y poco á poco se fueron descubriendo todos los pilares previamente hundidos, así como las viguetas del techo (fig. 2). De manera que una vez extraída toda la tierra, quedaba en sus partes principales el armazón de la futura sala.

Falta ahora levantar las paredes, proceder á la ornamentación, instalar todas las dependencias, etc., lo cual exigirá algún tiempo, porque el arquitecto M. Bouyard se propone realizar maravillas, á juzgar por los bocetos que hemos visto. La situación y la organización de las cocinas, repostería y lavaderos han sido combinadas de manera que el servicio pueda hacerse fácil y rápidamente.

Las obras quedarán probablemente terminadas del todo en la fecha de la apertura de la sección del Metropolitano que ha de hacer el servicio de Montmartre, y el restaurant subterráneo será el complemento del ferrocarril subterráneo que tan ventajoso es para los parisienses.

G. CHALMARÉS.

(De La Nature.)

**

TELEGRAFÍA SIN HILOS

NUEVO RECEPTOR MARCONI

En una comunicación recientemente remitida á la «Royal Institution» de Londres, M. Marconi ha dado á conocer un nuevo receptor para la telegrafía sin hilos, receptor basado en principios enteramente

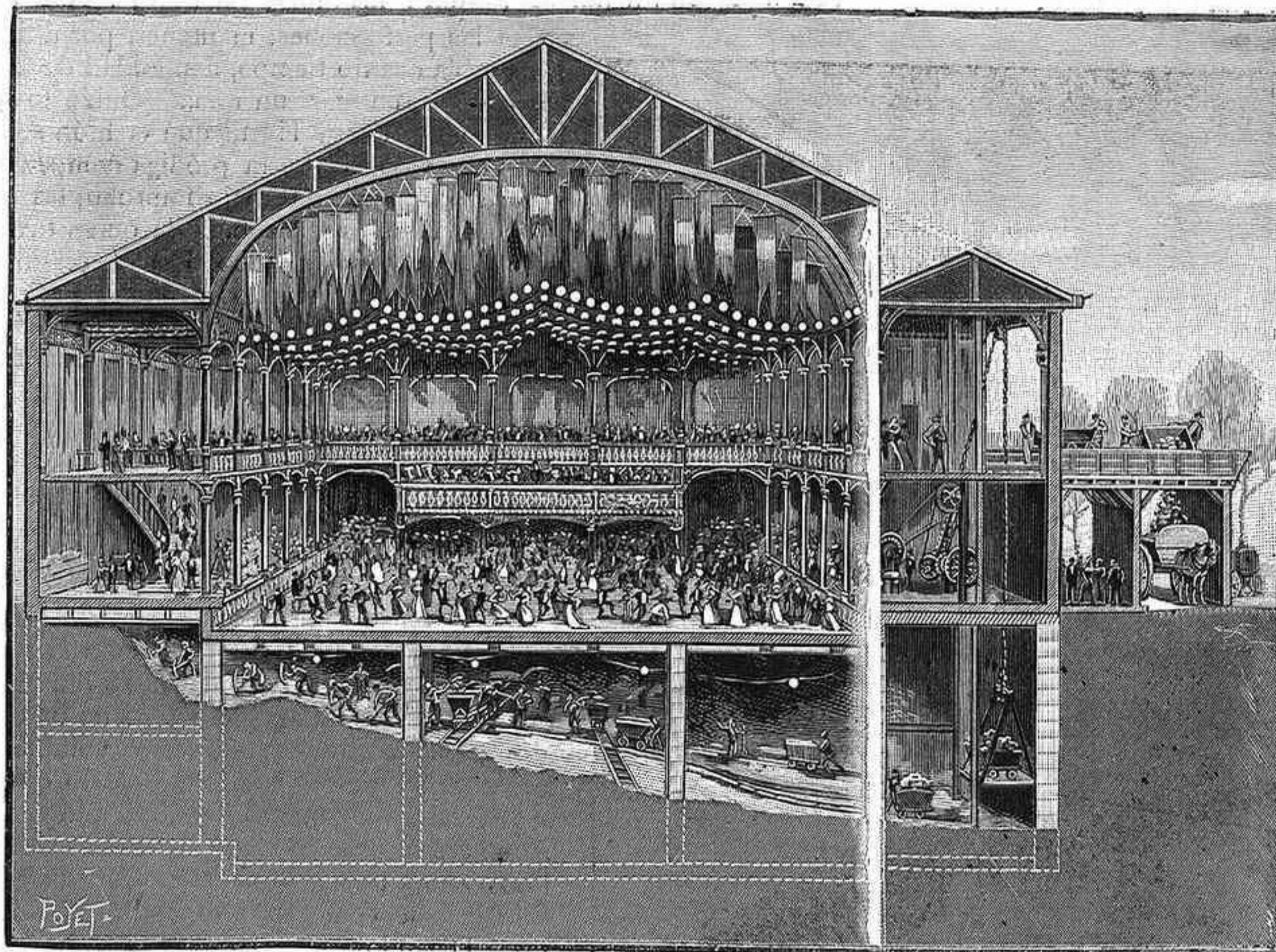


Fig. 1. - Construcción de unos sótanos en una sala de restaurant sin interrumpir la explotación del establecimiento. Una galería de 42 metros pone en comunicación el obrador subterráneo con el departamento de la cabria

gran hoyo á cielo abierto, y por un plano inclinado para los chirrones, se quitan las tierras; pero este procedimiento no siempre es posible, y aun siéndolo, á menudo es más cómodo operar por galería como en una mina.

La construcción del Metropolitano nos ha familiarizado con los trabajos subterráneos; pero hace unos diez años se consideró como una innovación el sistema empleado por el Sr. Oller para la construcción de las montañas rusas del Bulevar de los Capuchinos, por el que se quitaban 6.000 metros cúbicos de tierra mientras se trabajaba en la superestructura. Recientemente el mismo señor ha repetido el mismo modo de trabajo en condiciones más importantes y más difíciles, que le hacen particularmente interesante. Tratábase de construir debajo del actual salón de baile del *Moulin Rouge*, de París, un gran restaurant de más de siete metros de alto y unos 1.000 metros de superficie. El edificio dista 42 metros del bulevar, del que está separado por una casa de alquiler; mas este detalle no era bastante para amedrentar al señor Oller, el cual, con la seguridad y el golpe de vista de un ingeniero, y fundándose en los resultados ya obtenidos, dirigió al arquitecto y á los contratistas. Todas las tierras, más de

quince metros, según la naturaleza del terreno, para encontrar un buen suelo de fundación. Cada pozo tenía 1'30 metros de lado, de manera que un hombre pudiera moverse en él y trabajar en los cimientos y en la construcción de un pilar de cemento armado. Estos pilares están constituidos por una serie de barras de hierro verticales, alrededor de las cuales se dispone un molde de madera en donde

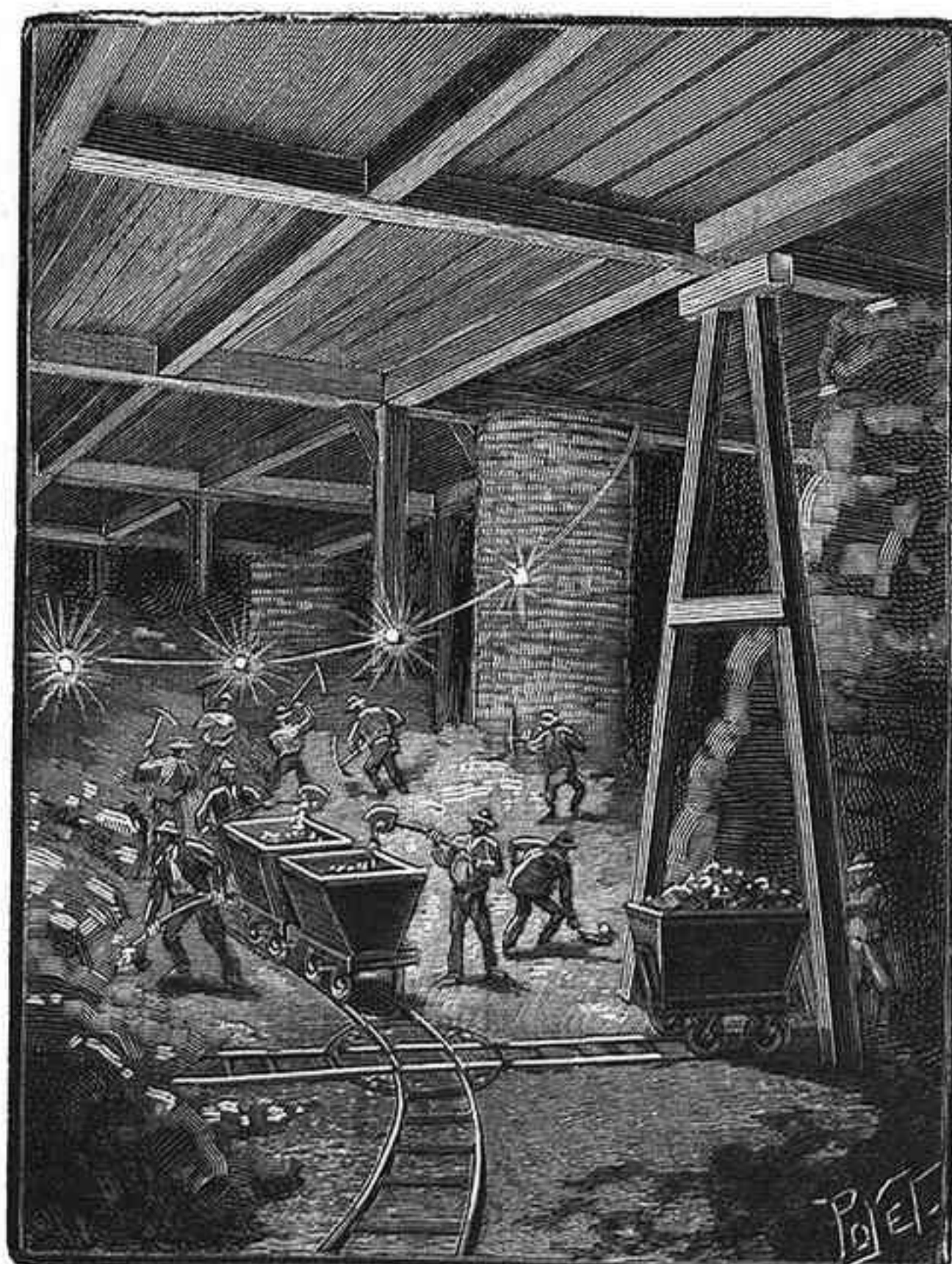


Fig. 2. - Extracción de tierras alrededor de las pilas de cemento armado

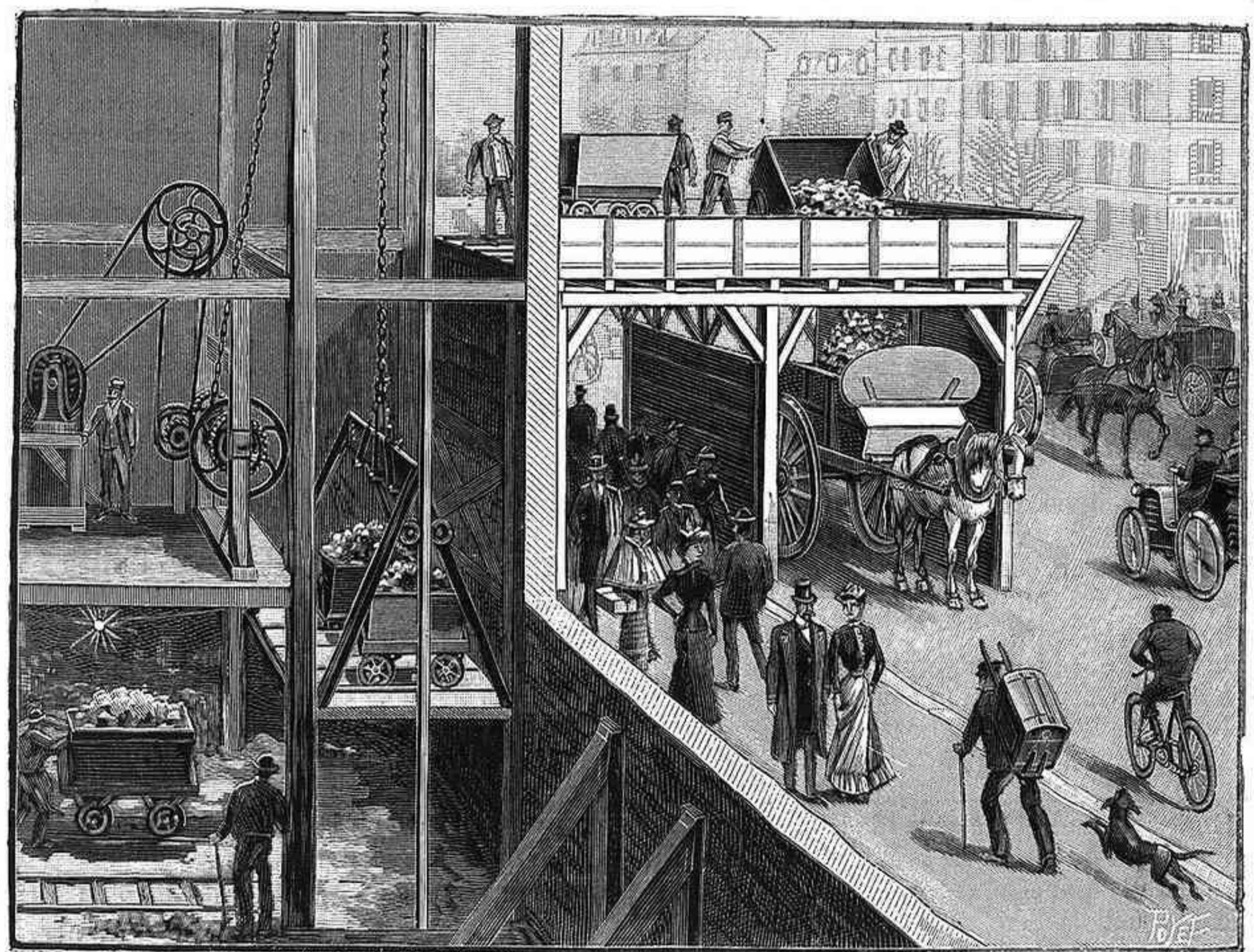


Fig. 3. - Cabria de maniobra de las vagonetas. - Estacada que cubre la acera y una parte del arroyo para la carga de los chirrones

luego se echa el betún, después de lo cual se terraplenaron los pozos y se colocó en lo alto de las columnas así formadas, un armazón de viguetas, también de cemento armado, destinadas á formar el techo de la futura sala subterránea. Hecho esto, volvió á colocarse el piso del salón y volvió á reanudarse el servicio del mismo (fig. 1).

Para la extracción de tierras, comenzó por abrir una galería (que no figura en nuestros grabados) de 42 metros para poner en comunicación el bulevar con la futura sala del restaurant, habiendo sido preciso sacrificar temporalmente los locales de la planta baja y del primer piso de la mencionada casa de

nuevos y distintos de los principios utilizados en los diversos receptores conocidos y empleados hasta el presente (coherador de Branly, oscilador de Herz, etcétera). Según «L'Industrie Electrique» que ha publicado un extracto de la comunicación de Marconi, los principios utilizados son los siguientes:

Una substancia magnética sometida á una fuerza magneto-motriz periódicamente variable, presenta retardos de imantación y desimantación perfectamente determinados y conocidos con el nombre de histéresis. Si al mismo tiempo esta substancia magnética está sometida á la acción de ondas eléctricas de mucha frecuencia, como las que intervienen en

la telegrafía sin hilos, la experiencia demuestra que los fenómenos de histéresis quedan reducidos á proporciones que dependen de la amplitud y de la frecuencia de las ondas eléctricas.

Este resultado de experimentos es el que ha utilizado Marconi en los aparatos siguientes. Un carrete lleva un circuito que está atravesado por una intensidad constante; en el centro del carrete se encuentra un núcleo de alambres encorvados en forma de semicírculo, el cual núcleo está imantado, tendiendo la imantación á mantenerse constante. Pero por encima de este núcleo se hace girar con movimiento uniforme un imán ó un electro-imán, estando tomadas las disposiciones para que los polos Norte y Sur de este imán se presenten alternativamente delante de los extremos del núcleo. Resulta de ello que la fuerza magneto-motriz del sistema magnético giratorio se agrega ó se cercena de la fuerza magneto-motriz que obra ya sobre el núcleo. Este último está, por consiguiente, á una fuerza magneto-motriz periódicamente variable y siempre del mismo sentido; de aquí que su estado magnético varíe según la frecuencia correspondiente á la velocidad con que cambia de sitio el imán.

Entonces se hace poner en acción ondas eléctricas

de gran frecuencia, á consecuencia de lo cual son más considerables las variaciones de imantación y desimantación. Para revelar estas variaciones de imantación Marconi emplea un carrete especial colocado sobre el primero, en cuyo interior está el núcleo de hierro; este carrete especial está enlazado con un teléfono magnético, y al pasar por él corrientes inducidas, el teléfono emite un sonido.

Marconi ha hecho algunas observaciones sobre los sonidos que emite el teléfono, á consecuencia de las modificaciones instantáneas de magnetismo producidas por las ondas eléctricas, según acabamos de indicar. Las modificaciones que intervienen son muy notadas cuando hay aumento de imantación, más débiles cuando hay desimantación y nulas cuando el imán está inmóvil y no hay en el núcleo ninguna variación de imantación.

Marconi ha adoptado también otra disposición que le ha inspirado el telegráfico de M. Poulsen, y en el cual varias fajas de alambres, formando un circuito cerrado, imantado por un electro-imán permanente, reemplazan el núcleo de hierro. El electro-imán es fijo y las fajas de alambre son las que se mueven animadas de un movimiento uniforme. Estas fajas de hierro son arrastradas por dos poleas sobre

las cuales descansan, girando una de ellas bajo la acción de un movimiento de relojería.

La faja de hierro, al penetrar primeramente en el carrete de imantación, está sometida en el campo magnético á un aumento de imantación, y por el contrario, al salir, está sometida á una imantación decreciente. Estas fajas de hierro, sometidas á acciones sucesivas, son muy sensibles á las acciones demagnetizantes bruscas é instantáneas de las ondas eléctricas. Estas variaciones obran inmediatamente sobre el carrete inducido colocado en aquel sitio y enlazado con el teléfono magnético receptor. El receptor eléctrico, en cuanto se producen ondas eléctricas de gran frecuencia, da señales Morse acústicas.

Todavía no se tienen resultados bien completos del funcionamiento de este aparato; sin embargo, según parece, se ha podido telegrafiar hasta ahora con una velocidad de 35 palabras por minuto. El inventor, empero, promete resultados muy superiores para un porvenir no lejano.

Nos ha parecido interesante dar á conocer, aunque sea someramente, este receptor nuevo y original.

J. L.

PUBLICACIÓN NOTABLE

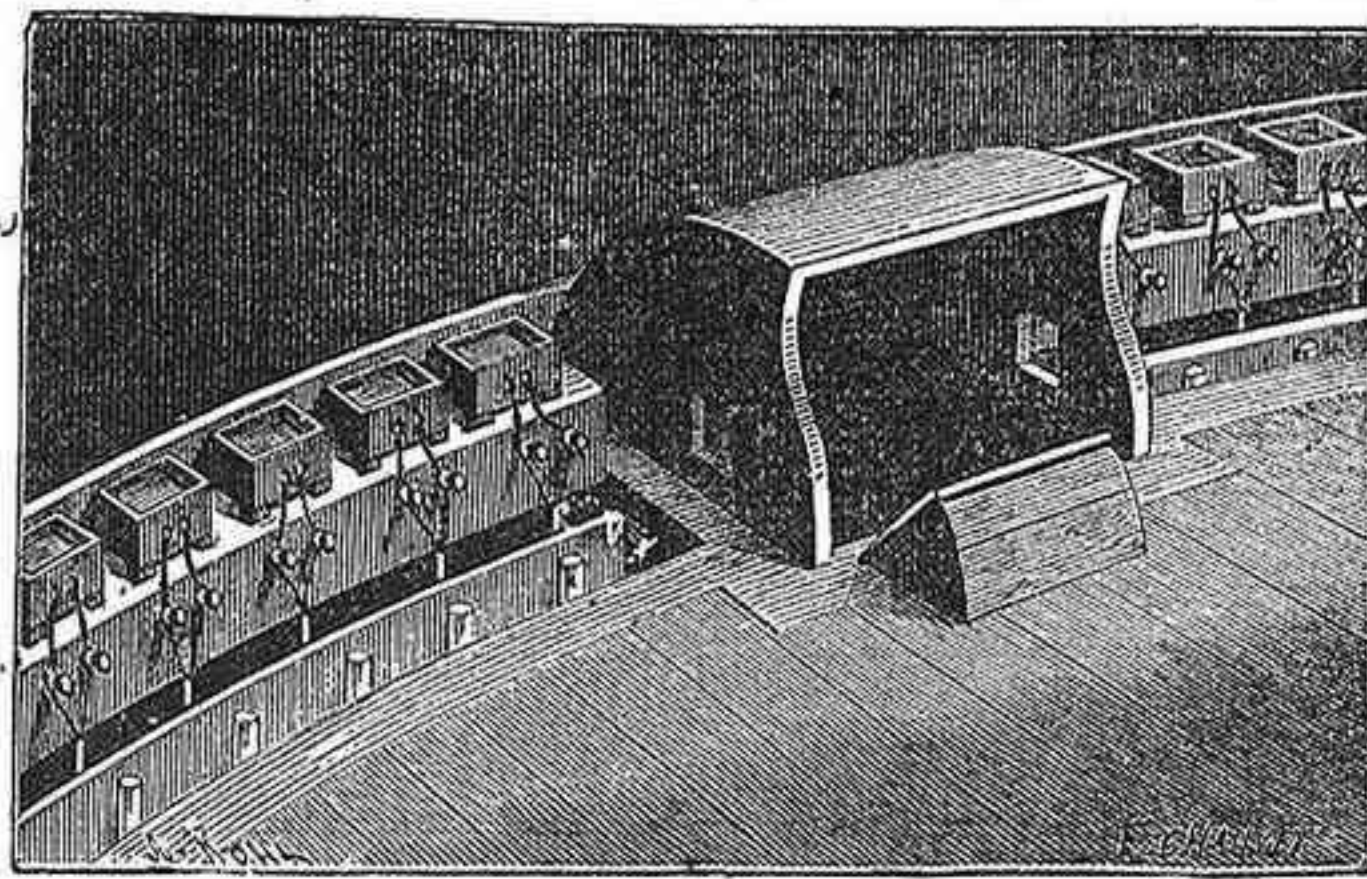
EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGÍA, FÍSICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas



Muestra de los grabados de la obra. - Audiciones telefónicas teatrales

Esta importante obra es el tratado más completo y moderno de cuantos fenómenos físicos se presentan en la naturaleza, así de los que parecen más insignificantes como de los que suspenden el ánimo con sus poderosas manifestaciones. Escrita en estilo sencillo, descartadas de ella todas las demostraciones matemáticas para hacer más comprensibles las leyes y teorías de dichos fenómenos á toda clase de lectores y acompañada de gran número de grabados que representan máquinas, aparatos y cuantos inventos se han hecho hasta el día en el terreno de la Física, es un verdadero trabajo de ciencia popular, claro y preciso, que instruye deleitando y que

Físico podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra.

Esta lujosa edición consta de tres tomos ricamente encuadernados con planchas alegóricas y se vende al precio de 45 pesetas pagadas en doce plazos mensuales si así lo solicita el suscriptor.

Se reparte asimismo por cuadernos semanales á cuatro reales uno.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona

debe figurar en la biblioteca de toda persona amiga de la instrucción.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la Gravedad, explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del Sonido agrega una enumeración de las aplicaciones de la Acústica y de los instrumentos musicales. La Luz da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El Magnetismo y la Electricidad proporcionan ancho campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el Calor nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la Meteorología se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma **WLINSI**.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*; los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

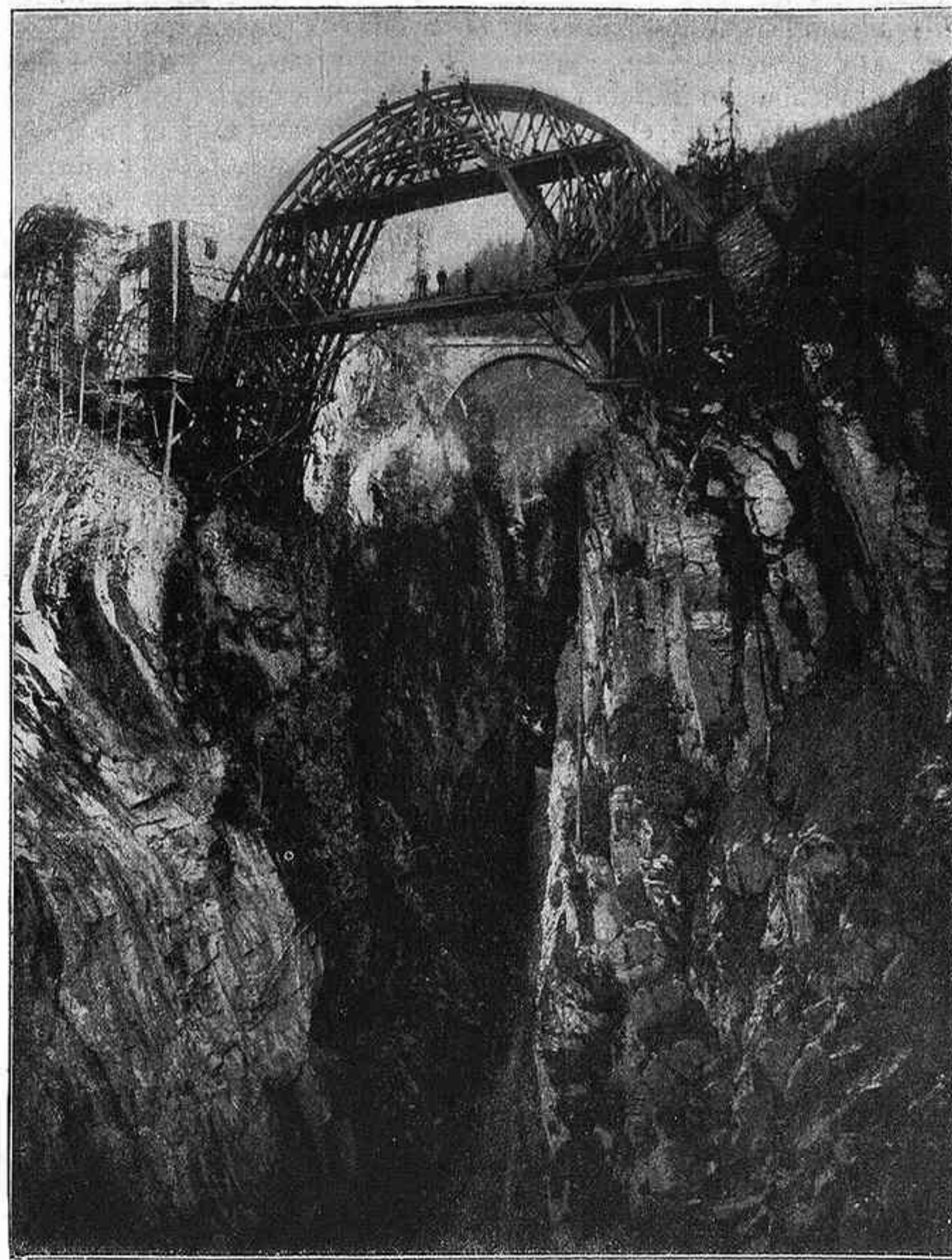
LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores.

ÁRBOL CRONOLÓGICO-HISTÓRICO DE LOS REYES DE ARAGÓN Y CONDES DE BARCELONA, por *D. Jerónimo Borao*. - Nuestro estimado corresponsal en Méjico D. Ramón de S. N. Araluce ha publicado en esta ciudad este trabajo que bien merece el calificativo de notabilísimo. El árbol cronológico-histórico que nos ocupa comprende, además de los reyes de Aragón y de los condes de Barcelona, los condes de Aragón, de Ribagorza, de Cerdeña, de Ampurias, de Urgel, del Rosellón, de Besalú y de Provenza, mientras la gobernaron los Berengueres, así como las conquistas de Mallorca, Sicilia y Nápoles, fuera de cuyos dominios y de los indicados en las ramas y en el catálogo de incorporaciones, todavía son de citar los condados de Peralada y Berga y Osona, Pallás, Bearne, Rodés, Beces, Agades y Caorz, Albi y Celano y algunos otros que pertenecieron temporalmente á la corona. Señálanse con una corona los hijos de nuestros reyes que reinaron en otros países y con un escudo los pretendientes al trono, y están marcados los hermanos con círculos tangentes, los hijos con línea de enlace, los nombres de reyes, condes, duques, etcétera, con las iniciales, los de hijos con la inicial y los de hermanos con la inicial y final. Contiene además otra porción de indicaciones y datos de gran interés que sería prolijo enumerar. Ha sido tirado en la litografía barcelonesa de Font y se vende en Barcelona, Mallorca, 406, y Bailén, 135.

LA ANGUSTIA. - **LOS TRES**, novelas por *Máximo Gorki*. - El conocido editor barcelonés D. Luis Tasso ha publicado estas dos interesantes novelas del célebre novelista ruso que es hoy en día una de las figuras más salientes de la literatura y cuyas obras han sido traducidas á los principales idiomas. Los dos tomos, traducidos por A. Riera, se venden á una peseta cada uno en rústica y á 1'50 encuadernados.



EL PUENTE MÁS ALTO DEL MUNDO: LOS VIADUCTOS DEL FERROCARRIL EN LA GARGANTA DE ALBUJA

LA OBRA DE DIOS, novela por *J. Menéndez Agusty*. - La firma del Sr. Agusty es bastante conocida de nuestros lectores para que necesitemos encomiar el último libro que su pluma ha producido. *La obra de Dios* es una novela de las que podemos llamar *galdosianas* (permítasenos el vocablo), pues hay en ella algo más que asunto de entretenimiento; tiene no poco fondo, y así el argumento como los elementos que lo constituyen representan gran caudal de estudio humano y de observación. Unase á esto un estilo elegante, castizo y sobrio y se tendrá una idea de lo que vale esta última producción de nuestro querido colaborador, que ha sido editada en dos tomos en Barcelona por Lezcano y C.^a y se vende á dos pesetas.

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. - Como modelo en su género pueden citarse los trabajos estadísticos que publica el gobierno de aquella República. El anuario último corresponde á los años 1899 y 1900, y contiene perfectamente clasificados y agrupados con admirable método cuantos datos puedan desearse sobre territorio, población, agricultura, comercio, navegación, hacienda, riqueza pública, propiedad, bolsa, instrucción pública, beneficencia, justicia, ferrocarriles, correos, telégrafos, teléfonos, legislación, administración, etc., etc. El anuario, que forma dos tomos de 568 y 1.248 páginas, es una publicación que honra al Uruguay y al director de Estadística Honoré Roustan.

DOS MESES EN ITALIA, por *José Sanchis Sivera* (*Lázaro Floro*). - El distinguido escritor valenciano Sr. Sanchis Sivera ha reunido en esta obra las impresiones y recuerdos de un viaje á Italia, y á pesar de haberse escrito mucho sobre este mismo asunto, el libro que nos ocupa tiene verdadera originalidad por el carácter personal que en sus páginas ha sabido imprimir su autor, reflejando en ellas su corazón de creyente, de poeta y de artista, y describiendo no sólo la parte externa, sino el alma, por decirlo así, de las bellezas de aquel país. *Dos meses en Italia* lleva un prólogo del obispo de Jaén Dr. D. Salvador Castellote y está ilustrado con multitud de grabados; forma un tomo de XVI-456 páginas, editado por D. Angel Aguilar en Valencia, y se vende á tres pesetas.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FURROUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS MOUSSETTE
 Neuralgias,
 Jaqueca,
 Ciática.
 CLIN y COMAR - PARIS
 En todas las Farmacias.
 650

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONS DE LOS MENSTRUOS
 F^{ra} G. SEGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165 -
 Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 GANDES et C^{ie} 5^{ta} St-Denis, 48

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^{an}-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los S^{res} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio : 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN